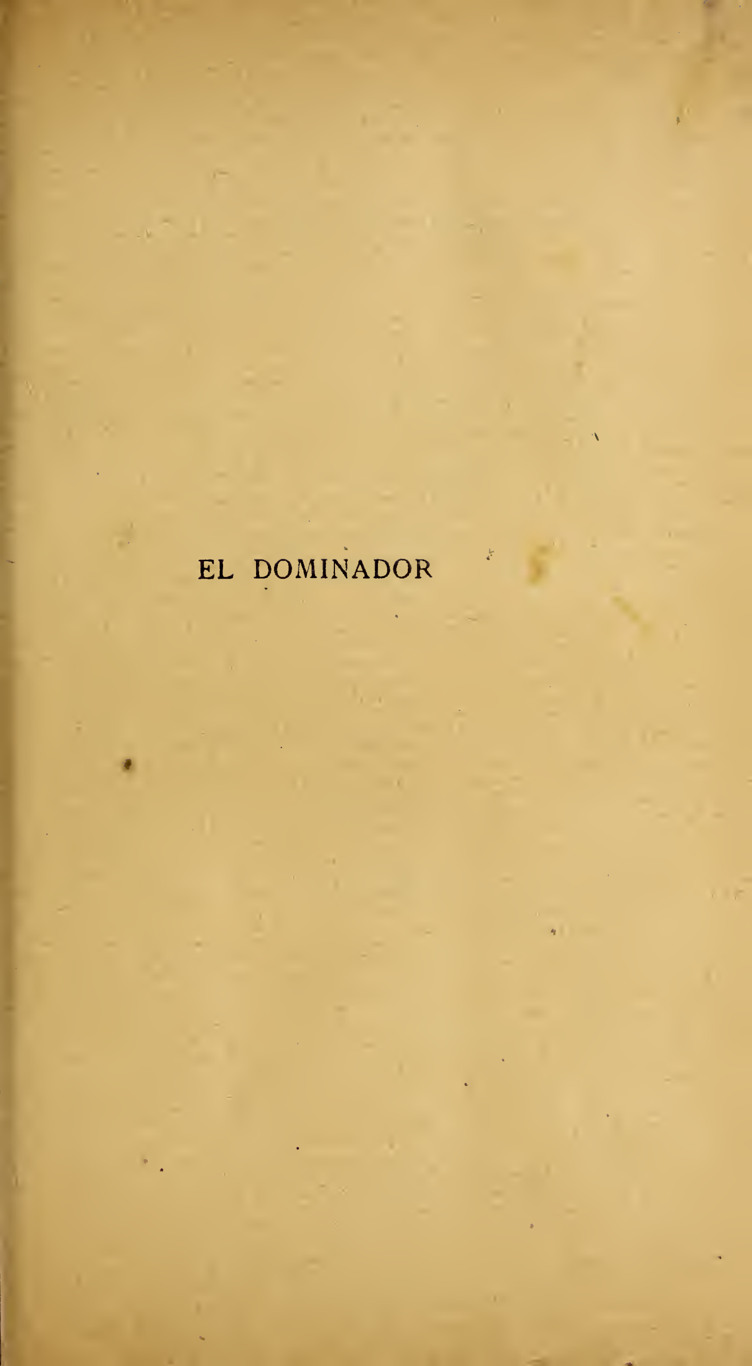
TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

PAGANO

EL DOMINADOR

DRAMA





EL DOMINADOR

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Balada de los sueños, novela.

Al través de la España literaria, 2 tomos.

Más allá de la vida, drama en 3 actos } Biblioteca
El dominador, drama en 4 actos }
«Teatro antiguo y moderno».—Barcelona.

El parnaso argentino, con prólogo.

EN PRENSA

Bárbaros y europeos (filosofía y crítica).

EN PREPARACION

Episodios americanos, narraciones.

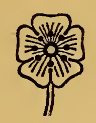
Nirvana, drama.

Teatro Antiguo y Moderno - Vol. XIX

JOSÉ LEON PAGANO

EL DOMINADOR

Drama en cuatro actos



Libreria de Antonio López, editor.-Rambla del Centro, 20.—Barcelona: : : : : : : 1904.

AL DOCTOR DAVID PEÑA

AMISTAD Y GRATITUD

JOSÉ LEÓN PAGANO

Barcelona, Julio de 1904.

PERSONAJES

Pablo Lentier.
Emma, su hija.
Augusta Pereyra.
Mario } hijos de Augusta.
Eugenio } hijos de Augusta.
Padre Romero.
Doctor Aguirre.
Señora de Alvarez
Señora de Rodriguez.
Doctor Alvarez.
Doctor Castro.
Doctor Perez.
Manuel } criados.
Rosa } criados.
Manifestantes.
Pueblo.

Acción contemporánea.

Este drama fué estrenado en el Teatro Dramático Nacional, de Roma, la noche del 19 de Junio de 1903.



ACTO PRIMERO

Salón en casa de Augusta. La pared del fondo tiene tres puertas al través de cuyos cristales se ve la antesala. En esta, á la izquierda, un piano; luego, según lo indique la disposición lógica, una mesa de centro un sofá y sillas. En la pared lateral de la izquierda, primer término, un balcón: junto al balcón un sofá redondo con plantaviva en el centro. En la pared de la derecha, una puerta Junto á la pared del fondo, un mueble de lujo. A la izquierda, primer término, una mesita para te con butacas. Anochece. Es de verano.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTA, Doctor AGUIRRE y ROSA.

AUGUSTA.—(*Está sentada en el sofá arreglando algunos encajes y bordados cuyas cajas de cartón están en el suelo y sobre una silla).* Sí, hoy espero visitas para dejarlo todo terminado. También vendrá el Padre Romero.

AGUIRRE.-Me explico como usted, que es la fundadora del asilo, vea con satisfacción, dentro de días, celebrar su vigésimo aniversario. ¡Ay cuan edificada se vería la conciencia de

nuestra sociedad si la caridad pública contase con muchas personas dotadas de sus sentimientos de usted, señora Augusta!

AUGUSTA —Yo sola no hubiera hecho nada si otras no hubiesen apoyado valiosamente mi proyecto. Ya puede usted creerme.

AGUIRRE.—Siempre es usted la misma: obra usted el bien y trata de que no se sepa ó, al menos, de que no se aprecie en todo su alcance. Pero ya se ha formado la opinión á su respecto, señora, mal que le pese, y todo se sabe, todo.

AUGUSTA.—La opinión no está en lo cierto si me atribuye obras caritativas que yo no realizo.

AGUIRRE.—Es el caso que todos los dias, por más empeño que ponga en ocultarlo, descubrimos nuevos actos de alta virtud caritativa, realizados por usted misteriosamente.

AUGUSTA.—No me parece fácil, perdone usted que le contradiga, puesto que no existen.

ESCENA II

Dichos y MARIO

AGUIRRE.—Ya está aquí Mario. Buenas tardes.

MARIO.—*(Viene por el fondo)*. Buenas... ¡Pero están ustedes á oscuras! Aquí ya no se ve...

AUGUSTA —Es cierto. Rosa, enciende las luces.

ROSA.—Al instante. *(Gira la llave de la luz eléctrica y la escena queda iluminada).*

MARIO.—*(Acercándose á Rosa en voz baja).* ¿Ha venido?

ROSA.—Sí, señor. Yo misma he dejado la miniatura sobre su escritorio de usted.

MARIO.—¿Mi madre supo que Eugenio la había llevado?

ROSA.—Nadie lo sospecha aquí.

Mario.—Está bien.

Aguirre.—*(A Mario)* ¿Qué tal, de paseo?

Mario.—Sí.

Aguirre.—Ya, ya se sabe. Al volver al propio país, después de algunos años de ausencia, sentimos la necesidad de visitar todo aquello que nos recuerda algo... y usted, en las pocas semanas que lleva aquí, lo ha experimentado con febril intensidad.

Mario.—Sí, es cierto...

Aguirre.—He visto que también para usted se preparan cosas de trascendencia. En los círculos sociales se habla mucho de su candidatura á la diputación. No se quejará usted de como le reciben sus compatriotas.

Mario.—Todo eso tiene una explicación muy sencilla. Yo no me hago ilusiones. Como es demasiado tarde para reparar el abandono desdoroso en que dejaron al maestro, tratan de atenuarlo tributando homejas al discípulo. ¡Extraño país el nuestro! Aquí nada tiene valor reconocido sino viene sancionado del extranjero. Luego, para tributar honores á quien ha realizado algo que salga de lo común, le llevan á la cámara de diputados donde, usted lo sabe, pulula tanto advenedizo encumbrado por la osadía. Pero, yo tengo *mi* idea. En fin, allá veremos. *(Pausa).* Hombre, apropósito, ¿ha visto usted las insinuaciones de los periódicos respecto á la nacionalidad de mi maestro? Dicen que ya no se le puede considerar como compatriota porque, no sólo ha tomado carta de ciudadano francés, sino que también ha escrito sus obras en un idioma que no es el nuestro y que, por fin, Pablo Lentier, ni por educación, ni por tendencia, ni por temperamento es de aquí. Yo pregunto si no estoy en lo cierto

al suponer que le rechazamos porque está muy por encima de nuestro nivel intelectual. *(Mira á su madre, y dice al médico bruscamente.)* Perdone usted, doctor: reparo ahora que tengo urgente necesidad de arreglar algunas cosas... *(Vase por la izquierda).*

ESCENA III

Dichos, menos MARIO.

AGUIRRE.—¡Cuánto reverente cariño hácia su maestro! Si no la conociese á usted como la conozco, pensara que ese afecto para con Pab o Lentier acabaría por despertar celos en usted. .

AUGUSTA.—Celos, no; antes bien, temor...

AGUIRRE —Ya comprendo, ya... Bueno, yo me daré una vueltecita por el asilo y luego volveré por aquí á recoger noticias oficiales sobre la fiesta conmemorativa. Deseo ver de nuevo al pequeño enfermo del asilo, el único hoy. Sentiría que ahora, precisamente...

AUGUSTA —Pero, ¿hay peligro?

AGUIRRE.—No, señora, tanto como eso no. Mas en las criaturas es tan variable todo... En fin, que no estoy tranquilo hasta no verle de nuevo. Con el permiso de usted, señora.

AUGUSTA.—Le aguardo ansiosamente.

AGUIRRE.—Ya lo se, ya lo se: usted vela por esos pobres huérfanos con maternal cariño. Hasta luego, pues. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA IV

AUGUSTA, ROSA, luego EMMA

ROSA.—¡Que bueno es el Doctor!

AUGUSTA.—Fué un verdadero hallazgo para nosotras. Desde que él es médico del asilo todo marcha á pedir de boca. *(Pausa)* Pero ¿dónde está Emma?

ROSA.—En el jardín la ví hace rato. Me pareció algo triste

AUGUSTA —Dóblalo bien; cuida que no se arrugue. No: pónlo encima así. ¿Porqué dices que Emma te pareció triste?

ROSA.-No se. La ví en el jardin donde siempre va á leer; pero el libro estaba en el suelo, á sus pies, como si se le hubiese caido. Pacía mirar fijamente algo lejano; y creo haber visto lágrimas en sus ojos. (*Se oye ruido de copas y botellas que chocan dentro, hacia la derecha.)*

ROSA.—Es el señor Lentier... y Eugenio....

AUGUSTA.—(*Vivamente. pero dominándose enseguida.*) ¿Beben? *(Pausa. Se oye que Pablo y Eugenio rien.*

ROSA —Creo que la señorita Emma no estaria tan triste si tuviese otro padre ..

AUGUSTA.—¿Qué sabes tú de eso? No, así no; déjalo dado vuelta, de lo contrario se arrugurá el bordado.

EMMA.—*(Por el fondo, con un libro en la mano; se acerca á la mesa y mira lo que hay sobre ella.)* Oh, ¿por qué no me llamaban ustedes? Hubiera deseado ayudarles.

AUGUSTA —(*Con mucho cariño.)* Esas manecillas preciosas no se han hecho para estos menesteres. ¿Verdad Rosa?

ROSA.—Cierto.

EMMA.—¿Es el nuevo adorno para el altar éste?

Será una hermosa fiesta la del domingo. Yo nunca he asistido á fiestas de caridad... *(Con profunda tristeza.)* ¿No puedo ayudarlas en nada?

AUGUSTA.—Ahora ya no; pero en el asilo, tendremos gran tarea el sábado, pues queremos engalanarlo todo, y allí tú tambien podrás contribuir con tu obra. Lo que sí desearía. es que nuestra muñeca no se aislara tanto como lo hace. La soledad produce melancolía, y dé allí á la tristeza y... á las lágrimas se llega fácilmente.

EMMA.—¿Por qué lo dices? ¿Me han visto acaso?

AUGUSTA —Puede que sí...

EMMA.—Pensaba en mi madre. ¡Hoy acudieron á mí tantos recuerdos! Ha sido un día de evocaciones. En pocos instantes he vivido muchos días lejanos. Recordé tambien la tarde que oí hablar de tí, casi por primera vez, en Ginebra

AUGUSTA.—*(Turbada.)* ¿De mí, en Ginebra?...

EMMA.—Sí. Para mí fué una tarde inolvidable. Recuerdo que se habló tambien de mi pobre madre.

AUGUSTA.—Y... ¿quien... en que circunstancias?....

EMMA-Fué una tarde, casi al anochecer, cuando Mario se presentó á mi padre. Recuerdo que al proferir las primeras palabras su voz temblaba de emoción. En ese acento ya había gran parte del respeto y de la admiración que hoy le profesa. Mario dijo que acababa de llegar á Ginebra, y que su único objeto era conocer á mi padre á quien llamó MAESTRO. Mi padre le escuchó con indiferencia; está acostumbrado, á oir esas cosas, que le repitieron jóvenes de casi todos los paises. Luego Mario dijo quien era, y te recordó

á tí. Entonces la fisonomía de mi padre se animó extrañamente; adquirió una expresión que nunca he podido descifrar, siguió una pausa embarazosa. Fué un instante en que pareció recogerse con intensidad suprema. Por fin levantó la cabeza, hizo como para sonreir y dirigiéndoseme á mí dijo: Es tu primo: vuestras madres eran hermanas. *(Augusta palidece)*.

EMMA.—¿Por qué no me hablas de ella, de mi madre? Acaso piensas que ello me entristece, ¿verdad? He notado que evitas nombrarla en mi presencia Sin embargo me agradaria tanto oirte á ti que eres tan buena hablar de mi madre!

AUGUSTA.—*(Profundamente turbada.)* Ella fué una santa, Emma. *(Pablo y Eugenio rien y chocan las copas.)*

Augusta se iergue y permanece inmóvil sin mirar, volviendo las espaldas á la puerta de donde llegan las frases y las risas. Emma, como herida por lo que ha oido, mira con dolor ora hacia la puerta de la pieza donde está su padre ora á Augusta y a Rosa. Una pausa.

MANUEL.—*(por la puerta del fondo.)* El Padre Romero pregunta si la señora puede recibirle.

AUGUSTA.—*(Con vivacidad.)* Que pase al instante. *(Manuel sale é introduce al Padre Romero.)*

ESCENA V

Dichos y EL PADRE ROMERO

EL PADRE ROMERO.—El Señor sea con vosotros.

AUGUSTA.—Le aguardaba á usted, Padre.

EMMA.—Buenas tardes, Padre.

AUGUSTA.—Si vienen las señoras de Rodríguez

y de Alvárez, házlas pasar aquí. *(Manuel se inclina y sale.)*

El padre.—¿Qué lee nuestra joven paloma?

Emma.—*(Dándole el libro.)* Cosas que ha inspirado el espíritu de la Eucaristía.

El padre.—*(Con asombro complaciente.)* ¡Las Florercillas de San Francisco!

Emma.—Es mi santo predilecto.

El padre.—En el amor de Dios todos los santos son predilectos, querida niña. Muy bien muy bien. *(Devolviéndole el libro.)*

Pablo.—*(De adentro.)* ¡Por Satán vencedor, ésta me gusta! ¡Otra copa! *(Riendo ruidosamente.) (Emma que iba á coger el libro, lo deja caer en tierra y retrocede como obedeciendo á un impulso instintivo de terror.)*

Pablo.—*(Siempre de adentro.* ¡Por las barbas de Cristo!... *(Y rie con Eugenio. Augusta y Emma se agitan, mirando al Padre Romero profundamente turbadas.)*

El padre Romero.—No puede decirse que ello sea cordura cristiana...

Eugenio.—*(Siempre de adentro.)* ¡Otra, otra, otra!

Augusta.—Emma... *(Indicándole la puerta de la derecha.)*

Emma.—Sí. *(Corre hacia la habitación indicada.)*

Voz de Eugenio.—El angel blanco, el angel blanco; quiero que brinde.

El padre Romero.—*(A Rosa.)* Déjanos, hija mia.

Rosa.—*(A Augusta.)* ¿Dispongo para que se lleve todo?

Augusta.—Sí. Arréglalo como quieras. *(Rosa recoge lo que hay sobre la mesa y se marcha por el fondo.)*

ESCENA VI

EL PADRE ROMERO y AUGUSTA Uua pausa. EL PADRE ROMERO contempla á AUGUSTA brevemente, en silencio, luego:

EL PADRE ROMERO.—¿Me permite usted, señora, que la dirija una pregunta?

AUGUSTA.—¿Necesita permiso para dirigirse á mi entendimiento quien, en su calidad de director espiritual, vigila por el perfecto bienestar de mi alma desde hace más de veinte años?

EL PADRE ROMERO.—Entonces ¿quiere la señora tener la bondad de explicarme cómo se avienen con las exijencias del hogar y de la familia, actos grotescos é impíos, *(indicando hacia la derecha.)* lamentables aunque tuviese lugar en tabernas... por más que me cueste el decirlo?

AUGUSTA—*(Déjase caer sobre una silla y se pasa la mano por la frente; su agitación la turba y la impacienta con visible angustia.)* Cuando su bondad lo juzga asi, acato sumisa la reprimienda, Padre, y hago acto de contrición fervorosa.

EL PADRE.—No basta, aunque todo acto de contrición purifica. Urge poner justos reparos. según lo indique la prudencia. Es necesario hacer lo que exigen las circunstancias: alejar el enemigo. *(Pausa.)* ¿No responde usted?

AUGUSTA.—Conffeso que la situación presenta para mí dificultades penosas.

EL PADRE ROMERO.—Es menester sabrepujarlas. ¿O prefiere usted manchar su espíritu con el contacto pecaminoso de tanta inmoralidad?

AUGUSTA.—¡No! Sólo deseo evitar explicacio-

nes. No quiero afrontar directamente al señor Pablo Lautier, y si me dirijo á Mario, me las pedirá.

El padre romero.—Los hijos deben acatar con sumisión la voluutad de los padres.

Agusta.—Eso es lo que debiera ser; pero Mario me ha demostrado esplícitamente que no opina así He sido subplantada en el cariño de mi hijo. Ese hombre . Pablo Lentier, puede más que yo en la voluntad de Mario. ¿Qué es su madre comparada con el maestro? El maestro lo puede todo; la autoridad materna es desoida. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El padre romero.—*(Con seriedad)*. No hagamos cómplice de nuestras flaquezas al supremo Hacedor, señora! *(Uua pausa)*. El recuerdo de una grave pena agita la serenidad de usted, á pesar de los años transcurridos. Así me lo ha evidenciado usted hace poco, cuando el señor Lentier estaba á punto de llegar. ¿Lo recuerda usted? Cuando, hará cosa de un mes, se presentó usted á mí, y me expuso el caso de conciencia, que su debilidad no ha sabido esquivar, creí volver, por obra de un milagro á la agustiosa tarde en que usted puso su conciencia en mis manos, presentando su alma á Dios en la suprema desnudez de la confesión.

Atgusta.—Oh, si.

El padre romero —Bien. Pero ¿cómo no reparó usted en el error pecaminoso que cometía al hospedar bajo su techo, en el sagrado hogar de la familia, al hombre que... con el adulterio ha escarnecido su nombre de madre y de esposa? ¿Es posible que no haya visto usted la inmoralidad de semejante proceder? *(Pausa)*.

AUGUSTA.—El padre ha recordado la profunda turbación de mi espíritu al saber que el señor Lentier volvería á mi casa. Eso aboga en mi favor...

EL PADRE ROMERO.—Al contrario, puesto que usted no se opuso á ello. No obstante en su albedrío estaba el hacerlo *(Pausa)*. En su albedrío estaba el disponer lo contrario. Recuerde la señora Augusta que en un solo instante podemos manchar nuestra alma con culpas que nos pudieron ser perdonadas, ya que la expiación las ha lavado con el llanto de la penitencia,

AUGUSTA.—Oh, el Padre Romero no ignora que mi expiación ha sido despiadada como la que más.

EL PADRE ROMERO.—Si con ese recuerdo evoca la severidad de su esposo, no cumple usted con ello un acto de cristiana resignación. A estas horas su esposo, que en paz descanse, ya ha dado cuenta de sus actos ante el supremo tribunal de Dios.

ESCENA VII

Dichos y MARIO.

MARIO.—*(Por la izquierda)*. ¿Dónde está Eugenio, mamá?... *(Calla de improviso al notar la presencia del Padre Romero, y le saluda inclinando friamente la cabeza.)*

EL PADRE ROMERO.—*(Severo)*. El Señor sea contigo.

AUGUSTA.—Creo que está con el señor Lentier allí... *(Indicando hacia la derecha)*.

MARIO.—*(Se inclina de nuevo como disponiéndose á marcharse)*.

EL PADRE ROMERO.—*(Deteniéndole)* ...He leído las crónicas de tus conferencias políticas...

y he visto que se confirmaron las noticias que acerca de tus *nuevos* principios habían llegado hasta mí... Nos ha salido un reformador... y del seno mismo de la iglesia católica.

MARIO —¿Todo eso ha deducido el Padre Romero de mis conferencias?.. Es extraño...

EL PADRE ROMERO.—¿Hay de que extrañarse en eso?...

MARIO.—Creo que sí, puesto que en mis conferencias... políticas no hago la más pequeña alusión á la iglesia católica.

AUGUSTA. —*(Vivamente).* En efecto, no hay alusiones...

EL PADRE ROMERO.—*(Interrumpiendo á Augusta y mirándola con intención).* Pues por eso mismo, porque prescindes de ella...

MARIO.—*(Después de luchar consigo mismo).* Permítame el Padre Romero que guarde silencio al respecto...

EL PADRE ROMERO —Tu esquivéz acusa temor, luego estoy autorizado para suponer que tu fe no denuncia firmeza. .

MARIO.—Puede que lo que al Padre Romero se le antoja temor sea, en realidad, deferencia hacia su condición y hacia sus canas.

EL PADRE ROMERO.—*(Resentido).* ¡Eso es irreverente, señor mio!

AUGUSTA.—*(Turbada).* Mario no ha querido, Padre...

MARIO.—*(Con entereza).* Irreverencia es obstinarse á imponer aquello que la conciencia agena rechaza. ¡Esa es la verdad!

AUGUSTA —¡Mario!

EL PADRE ROMERO.—¿La que te enseña el señor Lentier, tu maestro?

MARIO. —La que usted no alcanzará nunca.

EL PADRE ROMERO.—¡Amén!

AUGUSTA.—Mario... modérate... te lo suplico.

EL PADRE ROMERO.—¿Es nombre de esa verdad que tu mancillas las sagradas creencias de quien te dió la vida? *(Indicando á Augusta)*

MARIO.—*(Animándose.)* Cuando mi genio me llama, paso por encima de padre y madre...

EL PADRE ROMERO — ¡Misericordia! ¡Que inmoralidad! *(Se persigna.)*

AUGUSTA.—¡Ah! *(Se cubre el rostro con las manos.)*

ESCENA VIII

Dichos y PABLO

PABLO —*(Que aparece por la derecha.)* Esa inmoralidad fué predicada por Cristo El ha dicho: «Dejarás á tu padre y á tu madre...»

EL PADRE —*(Vivamente)* Para ir hacia El, hacia su fé.

PABLO.—Si hay inmoralidad en el hecho de prescindir de los padres, tanto la hay yendo hacia una fé como hacia otra.

MARIO.—*(Abraza con efusión á Pablo.)* ¡Oh maestro! *(Volviéndose al Padre Romero.)* Sí, y ninguna ley puede parecerme justa sino la ley de mi propio ser. Para mi nada hay sagrado más que la integridad de mi conciencia, en nombre de la cual me niego á llamar deberes á muchas cosas que llevan ese nombre.

PABLO.—¡Muy bien, muy bien! Así hablan los hombres libres. Pero, ¿discutian ustedes? ¿y tú te atreves con el Padre Romero? Temeridad es! El hombre hoy es temerario...

EL PADRE.—Huélgame que lo reconozca así una personalidad de su alcance de usted, señor Lentier, tanto más que no es usted... de los nuestros...

PABLO.—Pero podría hacer observar al Padre Romero que YO no soy de NADIE

EL PADRE.—Así es en efecto: el señor Lentier, elevando su inteligencia sobre todos los credos, no obedece á ninguna ley..

PABLO.—El que obedece no se escucha á sí mismo.

EL PADRE.—... y prescinde de *todas* las religiones...

PABLO.—Soy enemigo de las religiones porque los dioses son enemigos del Hombre.

EL PADRE.—Yo no sé que exista más que un solo Dios, omnipotente y grande

PABLO.—Y ¿sabe *verdaderamente* el Padre Romero que está en lo absolutamente cierto pensando así?...

EL PADRE.—Ante la ciega oscuridad de la Vida y de la Muerte lo reconozco en mí.

PABLO.--Ante la ciega oscuridad de la Vida y de la Muerte está mi voto de afirmación. Tratándose del pensamiento, ¿quiere decirme el Padre Romero si la verdad no es un ideal mucho más quimérico que la felicidad? ¿O acaso el Padre Romero quiere atreverse á comprender el Universo como algo que no sea una apariencia, una representación?

EL PADRE.—A esos silogismos que... no quiero calificar yo contrapongo la suprema revelación de mi fé.

PABLO.—¿De cual?

EL PADRE.—De la fé cristiana.

PABLO.—Con la misma autoridad, con mayor ardoroso fervor los adeptos de cien religiones diversas oponen al cristianismo la suprema revelación de sus religiones respectivas.

EL PADRE.—Dios los ilumine y les conceda la gracia de que encuentren la verdadera senda de la Verdad.

PABLO.—Ellos dicen lo mismo al referirse á vosotros.
EL PADRE.—Dios los perdone por su error.
PABLO.—Tambien lo dicen ellos.
EL PADRE —No están en la Verdad.
PABLO. No están en vuestra Verdad; pero ellos preguntan: ¿porque debe ser verdadera solamente vuestra Verdad?
EL PADRE —El señor Lentier conoce la fé por lo cual yo intento hacerme humildemente portador de la luz. ¿Quiere decirme el señor Lentier en nombre de cual él niega la divina trascendencia de la misma?
PABLO.—(*Haciendo un gesto cuya expresión indica la complacencía maliciosa que experimenta.*) En nombre de la que se niega á representarse, cual lo haceis vosotros, el mundo como obra de un dios doliente y atormentado.
EL PADRE.—¿Cual es?
PABLO.—La mia.
EL PADRE.—¿La suya?
PABLO. La mía Y ella me dice; supérate á ti mismo, aun sobrepujando los lindes del Bien y del Mal; y no permitas que te den un derecho que tú puedas tomarte. Este es *mi* credo. ¿Puede el Padre indicarme el suyo?
EL PBDRE.—El mio es el credo cristiano.
PABLO.—No: ese es de *muchos*, y yo le pido el *suyo. (Pausa).*
EL PADRE.—¡Pero eso es desvarío!
PABLO. — El hombre intelectualmente libre debe conducirse como si todo fuese efímero escepto él; como si el resto de las cosas existiese tan solo en apariencia.
EL PADRE.—¿Y los humildes?
PABLO.—Están fuera de mi ley. El que no sabe ser pastor sea rebaño. Ante el humilde yo

asumo la actitud que asumió la muchedumbre griega ante Diágoras.

El padre.—¿Es á saber? ..

Pablo. — Cuentan que cierto Diágoras, habiendo visto en un mismo día coronar á sus dos hijos en los juegos olímpicos fué llevado en triunfo ante la multitud que le aclamaba. Mas Diágoras, que era humilde, encontró semejante honor demasiado grande para un mortal Entonces el pueblo le gritó indignado: «Muere como un esclavo, ya que no sabes vivir como un Dios» Y Diágoras murió como había vivido.

El padré.—¿Eso enseña vuestra fe?...

Pablo.—Esto quiere mi fe.

El padre —Mi religión... La religión de aquel que se extinguió en la cruz, enseña á frenar las pasiones; la resignación, y la piedad.

Pablo.—Esa moral ha sido construída sobre ruinas. Es vieja Budha la predicaba seismil años antes de la venida del galileo. Cristo no ha revelado nada.

El padre.—Se ha revelado asi mismo al ascender al Calvario en el símbolo de la renunciación.

Pablo.—Renunciar voluntariamente á nuestra parte de vida es virtud de esclavos Y todo hombre digno de la vida debe separarse de ella.

El padre.—¿Por qué?

Pablo.—¿Pregunta usted por qué? Yo no formo parte de aquellos á quien es lícito interrogar sobre su por qué. *(Una pausa)*. Caigo en la cuenta de que hemos discutido, lo cual, á más de estar fuera de nuestros credos, contradice mi orgullo y revela mi temeridad. ¡Olvidar yo que tengo que ha-

bérmelas con un moderno Isaías, fulminador de anatemas!...

EL PADRE.—Que no surten, y usted lo sabe, los efectos que reclaman las circunstancias...

PABLO.—Es de lamentarlo para la martirología contemporánea. .

EL PADRE.—Esa es una insinuación indigna de quien como usted lleva un nombre ilustre y que, además, se precia de justiciero, señor Lentier!

PABLO.—Hace usted cuestión de sentimiento, Padre, y el mundo está regido por ideas

EL PADRE.—¿Puede la señora concederme algunos instantes para tratar de nuestros asuntos? *(El Padre Romero y Augusta vanse por la izquierda).*

ESCENA IX

LENTIER, MARIO, EUGENIO; luego EMMA. PABLO LENTIER se ha quedado á contemplar la puerta por la cual salieron el Padre y Augusta, sonriendo con sarcasmo. EUGENIO entra por la derecha, segunda puerta. MARIO al verle entrar, corre hacia él y le dice en voz baja, con ira contenida.

MARIO.—Eugenio, mira!... He descubierto que eres tú quien roba... quien se lleva todas las cosas que faltan en casa...

EUGENIO.—*(Cubriéndose el rostro con el brazo, torpemente.)* No... no, yo .. yo...

MARIO.—¡Sí! tú. . Ayer, te llevaste tambien la miniatura de mamá, con el marco de oro...

EUGENIO.—Yo no, yo no... yo...

MARIO.—Tú, tú, sí. Ha estado aqui la persona que te la compró... y luego sabré donde está lo demás, ¡pillo!... Que no lo sepa

mamá, ¿oyes? ¿oyes?. . (*Sacudiéndole por el brazo con que Eugenio se cubría el rostro. Emma entra por la derecha. Mario suelta á Eugenio que huye hacia Pablo. Emma y Mario se miran breve rato en silencio, luego éste sale por la derecha.)*

EUGENIO.—*(A Lentier, lloriqueando.)* Malo... malo... malo...

PABLO.—¿Quien? *(Riendo.)*

EUGENIO.—Mario, Mario; siempre mentira... siempre, siempre... mentira, mentira. .

LENTIER.—Bueno, déjalo. No hagas caso. Mira: ve á buscar un poco de licor. Tráeme tambien la pipa, anda.

EUGENIO.—(*Hace como para encaminarse, y al ver á Emma que le observa, retrocede y dice á Pablo en voz baja:)* El angel blanco... el angel blanco... me mira... el angel blanco se enoja... Licor no. . licor no...

PABLO.—Vé por lo que te digo. Aquí no hay angeles blancos; todos somos demonios .. vé.

EUGENIO.—(*Lloriqueando de nuevo con rabia, mordiéndose la manga del saco.*) Emma angel, Emma angel... blanco... blanco... bueno... bueno... demonio no, demonio Mario... Emma no ..

PABLO.—Bueno, no llores, tonto. Emma no. Emma es el angel blanco...

EMMA.—Vé á buscar licor... para mí, Eugenio.

EUGENIO.—*(Con alegria.)* Emma, angel blanco bebe licor con nosotros?

EMMA.—Sí, contigo.

EUGENIO.—*(Va hacia la derecha mientras dice:)* Licor, rico licor rico .. licor rico... (*Sale por la segnnda puerta.)*

PABLO.—(*A Emma.*) Me apercibo que ejerces una gran iufluencia sobre ese idiota.

EMMA.—El pobre de Eugenio me profesa mucho cariño.

PABLO.—Tambien esto es verdad. Pero tú le dominas extrañamente. No deja de llamarme la atención el apego que siente hacia tí.

EMMA.—No es menor el que siente hacia tí, papá.

PABLO.—A mi me teme. Pero á tí te quiere, y te obedece más que á la madre misma Ahí tienes un alma devota, puedes halagarte de haber dominado una voluntad. ¡Vaya una conquista, ja! ja! ja! *(Se sienta)*

EUGENIO —*(Con una bandeja sobre la cual hay botellas, copas y la pipa de Pablo.)* Licor, licor rico, rico, rico.

PABLO.—Dame mi pipa, bebe y calla, marmota *(Coge la pipa y la enciende; deja sobre la mesita la rica fosforera de metal Eugenio rie, sentándose á su lado y mira con avidez la fosforera.)*

ESCENA X

Dichos y las señoras ALVAREZ y RODRIGUEZ

MANUEL.—*(A las señoras que introduce)* La señora las aguardaba; me dijo que las hiciera pasar aquí. La avisaré que han llegado.

SRA. ALVAREZ.—*(Fijándose en Emma.)* No, déjenos usted. *(Manuel se inclina y sale)*

SRA. ALVAREZ.—Esta debe ser la hija del gran filósofo *(Todo esto lo dicen en voz baja hasta cuando lo indique la situación.)*

SRA. RODRÍGUEZ.—Creo que sí. Ese debe ser el padre.

SRA ALVAREZ.—Ahora lo sabremos. *(A Emma)* Señorita... ¿tengo el gusto de hablar con la señorita Lentier?...

EMMA.—Una servidora.

SRA. ALVAREZ.—¡Oh que fortuna! Permítame usted que le presente mi amiga, la señora de Rodríguez, y, al mismo tiempo, que yo misma me presente: señora de Alvarez.

EMMA.—(*Con seriedad cortés.*) Muy señoras mías.

SRA RODRIGUEZ.—*(Estrechándole la mano con cortedad)* Celebro mucho...

SRA. ALVAREZ.—¡Qué feliz casualidad! Hace ya varios días que deseaba conocer á usted personalmente. Porque ya le conocía á usted por referencia. Los periódicos se ocupan casi á diario del regreso de su señor padre, y de usted, á su patria, y ello se comprende tratándose de una eminencia cuyo renombre es universal...

SRA. RODRIGUEZ.—Es cierto... lo dice también mi esposo.

SRA. ALVAREZ.—Pero á pesar de mi gran interés, usted ve que sólo hoy he podido realizar el deseo de llegar á conocerla. También es cierto que usted no ofrece muchas ocasiones, pues vive usted algo retraída No frecuenta usted los salones de nuestra sociedad. Ello se comprende estando usted al lado de la sañora Augusta, cuya austeridad es proverbial...

EMMA.—Agradezco á ustedes, señoras, la exquisita amabilidad de que me hacen inmerecidamente objeto.

SRA. ALVAREZ.—No diga usted, no diga usted... *(Indicando á Pablo como si recien reparase en él.)* ¿Acaso ese señor?...

EMMA.—Sí, señora: es mi padre.

SRA. RODRIGUEZ.—¿El gran filósofo?

SRA. ALVAREZ.—Oh, sería para mí un verdadero orgullo conocerle... hablarle.

EMMA.—*(Turbada).* Si usted permite...

SRA. ALVAREZ.—Con toda el alma. ¡Figúrese usted?...

SRA. RODRIGUEZ.—*(Bajo á la Sra. Alvarez)* ¡Como! ¿tú te atreves á hablar con un gran filósofo?

SRA. ALVAREZ.—¿Por qué no? ¡Qué candorosa eres! Los hombres, grandes ó no, son todos iguales; yo los conozco, no temas...

EMMA — *(Acercándose á Pablo con timidez)*. Papá.... quieres permitirme que te presente á estas dos damas? Desean conocerte...

PABLO.— *Con sorpresa, levantándose)*. ¿A mi?

EMNA — Sí. *(Presentando, indica a la señora Alvarez)*. La señora...

SRA. ALVAREZ.—...de Alvarez, y la señora de R driguez. *(Saludando con la cabeza)*. Es, como lo comprenderá usted, un verdadero honor para nosotras el de conocer á usted personalmente... y ya que la señorita Emma, su hija de usted y mi amiga muy querida me proporciona la ocasión...

PABLO.—Ah, ¿se conocen ustedes desde hace mucho tiempo?..

SRA ALVAREZ —No: La suerte no me ha depa rado este honor antes de ahora. Es esta la primera vez que tengo el gusto de ver...

PABLO.—...á mi hija, *su muy querida amiga*. ¿No es así?

SRA ALVAREZ.—En efecto Pero ello no implica: hay almas que fraternizan en un instante, así como hay otras que no llegarían á cautivarnos nunca. Y su hija de usted pertenece á las primeras.

EMMA —Es usted amable en sumo grado, señora...

SRA. ALVAREZ.—...Lo cual se comprende habiendo ella sido cultivada por un hombre que, como usted, posee dotes tan extraordinarias.

SRA. RODRIGUEZ —Es cierto: lo dice también mi esposo. *(Breve pausa). Pablo las mira con curiosidad, silenciosamente, pero sin dejar de fumar).*

SRA. ALVAREZ.—Ya supondrá usted la satisfacción que experimentamos, mi amiga y yo, al hallarnos ante una personalidad como usted. ¡Nuestro país no ofrece con frecuencia el caso de encontrarse con celebridades europeas! Usted, permítame que lo diga, señor Lentier, es una gloriosa excepción. (*Pausa. Las dos damas se miran algo turbadas al ver que Pablo sigue mirándolas sin proferir ni una palabra.*)

SRA. ALVAREZ —Pero además de no ser nuestro país demasiado fecundo, que digamos, en inteligencias superiores, es irreverente para con ellas, como lo prueba su caso de usted. Y ahora se recuerda con verdadero rubor que usted haya tenido que recurrir al extranjero para desarrollar sus facultades privilegiadas, y para que se las reconociesen á usted. Esto es humillante para un país como el nuestro, que, sin embargo, se precia de seguir las corrientes del movimiento europeo. .

SRA RODRIGUEZ.—En efecto... lo dice también mi esposo...

SRA ALVAREZ —Cierto es que ello, y conste en honor de la verdad, hoy se recuerda como algo desdoroso. Hace cosa de veinte años, poco menos, que usted salió de aquí, de su país natal, oscuro, sin apoyos oficiales de ningún género. y hoy vuelve usted colmado de gloria, devolviendo á su pais un nombre ilustre, que antes nadie, ó muy pocos, conocían. *(Pausa).*

SRA. RODRIGUEZ.—Es cierto; lo dice también...

PABLO.—¿Su esposo, no es eso?

SRA RODRIGUEZ.—Sí: si señor... (*á su amiga*) ¿Cómo lo adivinó?

SRA. ALVAREZ —Hay, por de contado, quien se atreve á reprocharle á usted el que haya tomado ciudadanía extranjera, nacionalizándose en Francia, de la cual es usted oriundo. Pero, como contestan los más avisados, ¿qué ha hecho nuestra patria para retenerle? ¡Nada! Mientras que fuera de ella lo ha conseguido todo: renombre consideración... todo en fin. *(Pausa).*

EMMA.— *Profundamente turbada).* Agradezco á ustedes, señoras, también en nombre de mi padre... las finezas, las atenciones exquisitas... *(Se interrumpe al ver que Eugenio se guarda en el bolsillo la fosforera de su padre.)*

ESCENA XI

Dichos y el DOCTOR AGUIRRE.
Luego MARIO y AUGUSTA.

MANUEL.—(*Levanta las cenefas, el Doctor entra y el criado se retira).*

DOCTOR.—Muy buenas...

SRA. RODRIGUEZ.-¡El Doctor!... *(Yendo hacia él.*

SRA. ALVAREZ.—*(Corre tambien hacia el doctor.)*¡Ah, nuestro querido Doctor aquí!... *(en voz baja.)* ¡Doctor, usted me ha librado de los instantes más angustiosos de mi vida!

DOCTOR —¿Qué ocurre?

SRA ALVAREZ —Ay, ya lo sabrá usted, ¡qué tortura, valgame Dios!

SRA. RODRÍGUEZ.—Vámonos, Dios mío. Y tú decias que los hombres eran todos iguales...

DOCTOR.—(*Señalando á Pablo,)* Ah, ya comprendo. ya... *(Sigue hablando*)

EMMA.—(*Turbada, á Eugenio en voz baja.)*

¡Eugenio, deja en su sitio la fosforera de papá! Si él te viese, te retaría. Pronto!

EUGENIO,—Yo no, angel blanco; yo no..

EMNA.—Sí, allí la tienes en el bolsillo. Dámela.. antes que se aperciba... (*Quitándole la alhaja.*) No quiero que hagas esto, ¿oyes? No está bien...

EUGENIO.—Jugando, jugando... No queria de veras... jugando..

PABLO.—(*Se acerca á Eugenio que, al verle tiembla.*) Dame licor, y consuélame tú, símbolo perfecto de la vida. (*Eugenio obedece. Pablo bebe y luego enciende la pipa.*

EUGENIO.—(*Acariciando la fosforera que tiene en la mano.*) Bonito, bonito esto, esto, esto...

PABLO.—¿Ya le echaste el ojo? ¡Cuidado! Mira que yo te corto las orejas..

EUGENIO —No... no; bonito; tuyo, tuyo, tuyo..

PABLO.—Bueno, ya lo sabes: Mio, mio, mio...

DOCTOR.—Señorita, señor Lentier... (*Saludando*)

PABLO.—(*Estrechándole la mano.*) ¿Cuantas vidas ha salvado nuestro doctor hoy... eh? ..

DOCTOR.—No todas las que sería de desear... (*Las señoras Alvárez y Rodriguez se acercan timidamente.*)

PABLO,—(*Indicándoselas al Doctor.*) ¿Se conocen ustedes?...

SRA ALVAREZ.—Si, si señor. El Doctor Aguirre es el médico de *nuestro* asilo de huérfanos.

PABLO.—Ah, tienen ustedes un asilo de huérfanos...

SRA. ALVAREZ.—Es decir, soy, como Augusta, y mi amiga, (*señalando á la de Rodríguez.*) una de las principales protectoras del asilo, y como le dedico la mayor parte del tiempo, pues soy «dama de la caridad», por eso dije «de nuestro asilo»...

PABLO.—¡Ah, es usted dama de la caridad!...

SRA. ALVAREZ. — Creo que la misión de la mujer... Pues la caridad se obra por...

PABLO.—...Vanidad... á veces. .

SRA. ALVAREZ.—Sin embargo... el que se muestra generoso con todos...

PABLO.—El que *quiere* mostrarse generoso con todos comienza por engañarse á sí mismo, pues pretende dar lo que no posee.

DOCTOR.—*(Bajo á Pablo.)* Creo que se ha hecho usted de dos enemigos, señor Lentier...

SRA. ALVAREZ. – ¡Pero este señor filósofo es un grosero! *(A la de Rodrígnez, bajo.)*

PABLO — No lo crea usted. En el fondo me admiran porque me temen. ¡La mujer! El alma de la mujer tiene toda la vaguedad de su inconsistencia; es de una sencillez pueríl: fué el hombre quien ha querido complicarla, buscando en ella una profundidad que no existe, hasta perderse en su nada. ¿Quiere usted tocar la evidencia? Aguarde usted. *(Va hacia las dos damas, las cuales al verle á su lado le miran con inquietud.)*

SRA. ALVAREZ.—*(Bajo á la de Rodríguez.)* La mirada de este hombre me da escalofríos. .

PABLO.—*(Con afectada ceremonia.)* Ruego á ustedes quieran perdonarme, señoras, pero es el caso que yo no me reconcialiaría con mi propia conciencia si no hiciera una confesión, y me disculpara con ustedes por mi corta penetración. Como lo oyen. Yo no puedo apreciar, perdonen nstedes la crueldad de la frase, sino á las damas que revelan espiritualidad y sensibilidad exquisitas. Estas cualidades las posean ustedes en el más alto grado, razón por la cual beso á ustedes humildemente la mano... (*Besa*

la mano á las damas, se inclina y va hacia el Doctor.)

SRA. ALVAREZ.—*(Radiante de orgullo, á la de Rodríguez.)* ¡Oh, cuanta fineza! No lo decía yo: sólo los sabios saben apreciar. ¡Qué gentil es...

SRA. RODRÍGUEZ —Se lo diré á mi esposo.

PABLO.—*(Bajo al médico)* La opinión ha cambiado: está francamente por nosotros. ¿Qué le parece, eh?

DOCTOR.—Ante esos argumentos, ¡vaya uno á resistir!

ESCENA XII

Dichos y AUGUSTA

AUGUSTA.—*(Por la izquierda, saludando á las damas, con gestos que revelan su postración moral.)* El Padre Romero suplica á ustedes le disculpen: se ha ido sin saludarlas porque asuntos urgentes le llaman á otra parte.

SRA. ALVAREZ.—Le veremos mañana. Lo esencial ya está fijado.

DOCTOR.—*(A Augusta.)* ¿De modo que queda definitivamente establecido para el domingo?

AUGUSTA —Sí, para el domingo. Como ha encontrado usted al niño enfermo?

DOCTOR.—En absoluto fuera de peligro.

AUGUSTA —Sean dadas gracias al Señor. *(A las dos damas)* Aquí tienen ustedes mi cuota. *(presentando un sobre.)*

SRA. ALVAREZ —Para eso es tarde hoy. Mañana volveremos. Hoy ya no veré á la tesorera.

AUGUSTA.—Como ustedes dispongan...

SRA. ALVAREZ.—Sí. Con eso hablaremos más detenidamente. Ahora tenemos que ver to-

davia á varias personas. Con que... (*Despidiéndose.*)

AUGUSTA.—¿Ya?

SRA. RODRÍGUEZ.—Es necesario.

SRA. ALVAREZ.—(*A Augusta.*) Hasta mañana, pues. (*A Emma.*) Puede usted contar con una amiga.

EMMA —Del mismo modo.

SRA. RODRÍGUEZ —(*A Emma.*) Yo repito lo propio. .

SRA. ALVAREZ.—Doctor... señor Lentier... mis homenajes más fervorosos...

PABLO.—Usted mande, señora mía.

SRA. RODRIGUEZ.—Yo repito lo propio...

(*Pablo se inclina, las señoras Alvarez y Rodriguez salen por el fondo*).

ESCENA XIII

AUGUSTA, EMNA, DOCTOR, PABLO, EUGENIO y MARIO.

(*Augusta va hacia el fondo á acompañar á las dos damas, luego abre el cajón del mueble y deja en él dinero*).

MARIO.—(*Entra por la derecha. Mira á la madre fijamente*). Mamá, estás abatida... ¿es que estás mala? (*Esto dicho con gran sentimiento y timidez*). Acaso te han mortificado mis palabras, madre... Me he expresado de esa manera por despecho... Tú sabes... (*Augusta se enjuga una lágrima*). Mis palabras fueron acerbas, lo sé, madre...

PABLO —Quien intenta justificarse se acusa reconociendo errores que á veces no ha cometido, y denuncia la debilidad de sus convicciones .. (*Acercándose á Mario le dice en voz baja*): En tus ojos hay lágrimas... (*En voz alta marcando las palabras*): ...y de-

nuncia la debilidad de sus convicciones. *(Augusta mira con odio á Pablo Lentier).*

MARIO.—(*De nuevo con ímpetu*). ¡Pero al fin y al cabo él ha tenido la culpa! ¡Cuánta prepotencia indecorosa en las insinuaciones de esos piadosos persecutores! Ellos, no sólo han creado dogmas, instituciones, leyes, sino que las imponen, y como si ello no bastase quieren obligarnos á amarlas! *(Augusta va á sentarse en el sofá. Emma se acerca á ella. Eugenio gira al rededor de la mesita en cuyo cajón Augusta ha guardado el dinero.)*

MARIO.—¡Cuánto le debo á usted, mi querido maestro. Usted ha sabido hacerme amar la verdadera vida!

AUGUSTA.—(*A Emma en voz baja*). ¿Lo oyes? El no habla más que de su «querido maestro».

PABLO.—¡Como estoy en lo cierto al llamarte «hijo de mi espíritu»!

EMMA.—¡Jamás tiene palabras tan dulces para conmigo!

PABLO.—(*Indicando á Emma*). Aquella lo es menos que tú. Ha salido á la madre, débil y sentimental. No sirve para la lucha. ¡Ah! ¡qué victoria mía es esa! ¡ja... ja.. ja!.. Sabe latín y ha leído á todos los filósofos del mundo! y decir que yo pensé hacer de ella un ser superior, libre de prejuicios, un espíritu moderno, fuerte contra el mal... ¡ja!. . ¡ja!... ¡ja!... ahí la tienen ustedes... Se ha criado á mi lado, respirando mis ideas, día por día, siempre. (*Cambiando de tono dice esto que sigue con intención.*) Sin embargo, bastaron pocas semanas para que sus convicciones mudasen radicalmente. Es una victoria de la señora Augusta, puede gloriarse de ella, (*sonriendo con*

ironia) ya que me ha robado el corazón de Emma...

AUGUSTA.—Con la misma autoridad, ¿no podría yo acusarle á usted de haberme robado á Mario?...

PABLO.—(*Algo impresionado*). Con la razón, con la mente.

AUGUSTA.—Y yo con el corazón.

PABLO—Pero los seres robados con la razón por la razón pueden volver, mas los que roban el corazón no vuelven... En nosotros, no existe más que un enemigo real qu vencer: el sentimiento. Aquella, (*señalando á Emna*) no ha heredado nada mío.

AUGUSTA.—¿Es posible?

PABLO.-Allí la tiene usted: hay ratos en los cuales me parece que estoy viendo á su misma madre Pero nada hay en ella de su padre, ni bueno ni malo, aunque me pese el reconocerlo así.

AUGUSTA.—(*Al médico*). ¿Usted no cree Doctor, que el señor Lentier es poco *científico* al afirmar que Emma no ha heredado ningún... carácter de su padre?...

DOCTOR.—No, señora, pues que es un caso frecuente.

AUGUSTA.—¿Y .. la ley de herencia?...

DOCTOR.—Oh, la ley de herencia... la ley de herencia no siempre se cumple. A veces se convierte en ley atóvica, y puede que en la tercera ó cuarta generación tengamos... no: *tengamos* está mal dicho, pues cuando llegue la tercera ó cuarta generación nosotros ya no tendremos nada que ver con el mundo... de los vivos.

AUGUSTA—¿Quiere usted, Doctor completar su idea?.

DOCTOR.—Pues decía que la ley de herencia, á veces sufre desviaciones, y así como aho-

ra, supongamos, Emma no se parece á su padre, puede que en la tercera ó cuarta generación aparezca un Pablo Lentier renovado, ó bien...

AUGUSTA.—¿O bien?...

DOCTOR.—O bien, no aparezca nada, y el señor Lentier se quede sin sucesores... directos ó indirectos.

AUGUSTA —¿Todo eso... puede darse?...

DOCTOR.—Sí, señora: puede darse que la ley de herencia... no sea ley. (*Eugenio se acerca á Augusta que le besa en la frente). (A Mario*). La madre El amor materno eh!... (*Indicando á Augusta mientras besa á Eugenio*).

PABLO.-He visto el símbolo más profundo y más perfecto de ese amor. Yo puedo jactarme de no haber admirado nunca la obra de ningún hombre; pero una vez me impresionó la obra de un escultor descrito por Balzoc, que representó el amor materno en Niobe que adora á sus hijos, y los hijos de Niobe eran dos monos. (*Augusta se levanta bruscamente*).

DOCTOR —Señora, hasta mañana... señores .. *sale por el fondo).*

MARIO.—(*A Pablo indicando al Doctor*). Creo que se va ofendido, (*y sale por la izquierda*). *Emma queda, sin querer oculta en el balcón fuera de la escena*)

AUGUSTA.—(*Besa á Eugenio que mira el mueble y le indica la puerta de la izquierda.*) (*Eugenio sale.*)

ESCENA XIV

AUGUSTA PABLO y EMMA.

Pablo que se ha quedado fumando, se levanta con disciplicencia, y se dirige hacia la mesa

donde estan las botellas de licores. Se sirve una copita de cognac).

AUGUSTA.—*(Quitándole la botella de la mano con gesto brusco y hostil.)* No beba usted más.

PABLO.—*(Sorprendido.)* ¿Por qué?

AUGUSTA.—Por qué yo no quiero, (*pausa.*) Tenemos que hablar.

PABLO —¿?

AUGUSTA.—¿Le sorprende á usted mi actitud? Pues. si señor. hoy quiero, exijo. que se me escuche. Tambien yo quiero pontificar..

PABLO.—A la verdad... yo... no atino á comprender...

AUGUSTA.—Ya me comprenderá usted, aunque no quiera.

PABLO.—Oigamos... y entretanto,...

AUGUSTA.—(*Coge la copa que ha llenado Pablo y arroja al suelo el contenido.)* ¡He dicho que no! Ha llegado el momento de que se me escuche, necesito decir muchas cosas buenas y malas, no para desahogarme, sino para conquistar un derecho incontrastable. supremo é ineludible como el juicio de Dios. Hoy me toca á mi hablar.

PABLO. —...y el silencio es de oro. ¿Qué derecho cree que debe conquistar, señora?

AUGUSTA.—¡El de madre!

PABLO.—¿Madre?... es un nombre que carece de sentido...

AUGUSTA —*(Tapándose los oidos, con gesto de horror.)* ¡Oh!... ¡oh!

PABLO —No hay más que un enemigo real que vencer en nosotros: el sentiminnto. Es necesario predicar la doctrina del odio, visto que la del amar se ha hecho tan quejumbrosa y miserable.

AUGUSTA.—(*Con desesperación.*) Pero, ¿quien es usted?!

PABLO.—Soy hijo del hombre y de la mujer, según lo que se me dice. Eso me extraña. Creí ser algo más. *(Pausa)* No tenía usted que hablarme?

AUGUSTA.—Sí.

PABLO.—*(Con resignación irónica.)* Pues escuchemos...

AUGUSTA.—Ante todo, una pregunta. Al volver á esta casa ¿ha recordado usted cómo salió de ella la última vez, hace veinte años?

PABLO.—*(Con indiferencia, secamente.)* No.

AUGUSTA.—*(Con intención amarga.)* Es extraño, ya que ello ha tenido una influencia definitiva en el destino de varias personas... ¿No... lo recuerda usted?...

PABLO.—No lo recuerdo.

AUGUSTA.—*(Luchando consigo mismo para dominarse.)* ¿No?. .

PABLO.—No.

AUGUSTA.—Pues yo se lo recordaré á usted. En esta casa, entonces, había otra persona... un condiscípulo de usted .. mi esposo ¿Tambien lo ha olvidado usted?

PABLO.—Era mi amigo...

AUGUSTA.—*El*,... sí.

PABLO.—Y yo. .

AUGUSTA.—*(Interrumpiéndole con austera severidad.)* ¡Usted no! y él lo supo, Dios justiciero!

PABLO.—*(Siempre impasible.)* ¿El lo supo?

AUGUSTA.—Sí. ¿*Quiere* usted recordar. . *ahora*?

PABLO.—Dígame usted qué ..

AUGUSTA.—*(sin poderse contener, con resolución.)* Sea! Hace veinte años, en la alcoba á la cual conduce ese corredor, yacía postrado en cama, gravemente enfermo, mi esposo, el padre de mi... hijo.

Una noche... mi angustia me había quitado toda fuerza, toda energía... y sólo merced á esfuerzos inauditos conseguía sostenerme de pie... La casa dormía... Solo el dolor y .. la traición vigilaban. Esa noche ..

PABLO —(*Con ademán involuntario*). ¿Esa noche?

AUGUSTA.—Esa noche Pablo Lentier arrojó la máscara de gentilhombre y reveló lo que era: ¡un miserable! (*Todo lo que sigue debe decirse con vibración, pero siempre en voz baja, concitada.*) Sí. Yo atravesaba esta misma sala, en la sombra, sola con mi dolor y mi fé... Pero apenas había entrado cuando dos brazos de hierro me sujetaban y me rendían, mientras en la oscuridad brillaban dos ojos encendidos satánicamente y dos labios proferían palabras infames... ¡Oh!... ¡oh cuanto horror en un instante, cuanta profanación Yo no sé más. . yo no sé más de ese momento de veinte años; pero todo mi ser experimenta aún el escarnio infamante de aquella noche, porque esos brazos que subyugaron y oprimieron mi cuerpo violado me llenaron de horror eterno, porque esos labios que buscaban mi boca, la profanaron é hicieron impuro el beso materno... y yo siento aún toda la infamia de estigma. ¡Oh! ¡oh' ¡oh!... (*El grito supremo de la pureza mancillada, estalla en la sublevación del sentimiento humillado. Augusta. acompaña las últimas palabras con gestos de exaltación; y como si realmente ella sintiese la materialidad de la miseria evocada, la arranca de su cuerpo para arrojársela al rostro á Pablo Y por fin cae desplomada sobre el sofá cubriéndose el semblante con las manos. Una pausa. Emma*

aparece en la escena y queda oculta involuntariamente detrás de la planta y del sofá.

PABLO.—(*Con voz temblorosa pero irónicamente.*) Todo eso ya pasó..

AUGUSTA.—(*Poniéndose de pie como movida por un resorte*). ¡No, no ha pasado aún, desdichadamente! Desde el día en que me presenté á mi esposo y, como ante un confesor sagrado puse mi alma en sus manos, ¿sabe usted qué hizo él? ¿No lo sabe usted? ¿No? Pues despreciarme, aniquilándome en su afecto y escarnecerme. ¡Y yo he soportado esa situación casi veinte años! Desde entonces ya no se me permitió ver en mi marido, á quien amaba, más que á un acusador implacable, despiadado. El no pudo comprender mi inocencia, él no comprendió que una mujer pudiese presentarse al propio marido y decirle: en mí hay una culpa que yo no he cometido.—Los hombres, á veces, viven para la verdad arrastrando su alma en la mentira obligada.—Y vivió así hasta que murió sin perdonarme, quizá maldiciéndome. Pero me perdonó otra persona... ¡su esposa!

PABLO.—¡Mi esposa!..

AUGUSTA.—Sí su esposa, que murió asesinada por usted, pero quizá maldiciéndole también! Dios se lo perdone. ¡Amen! (*Extendiendo la mano hacia el techo. Pausa.*)

PABLO.—(*Con la impasibilidad de un estoico*). Eso... también pasó...

AUGUSTA.—Aguárdese y veremos si lo repite usted dentro de un rato... Mi juventud violada; escarnecida la mujer, la esposa manchada; todo ha podido callar en mi: la mujer, la esposa, la creyente, todo, pero la madre ¡no!... y hoy, después de veinte años de sacrificio y de expiación sin nombre, re-

clamo á mi hijo, al hijo de mi amor, al hijo de mi esposo, y le quiero mío, todo mío... y estoy dispuesta á rescatarle por todos los medios.

PABLO.—Es afrentoso pedir un derecho cuando podemos tomarlo.

AUGUSTA —¿Repetiría usted la misma cosa si yo. para reconquistar á mi Mario me presentase á él y le dijese quien es usted?

PABLO.—Es extraño como no oculta usted sus preferencias maternas. Así dice usted: «mi Mario, el hijo de mi esposo». mientras se olvida de que también es hijo de su esposo el otro, ese pobre idio...

AUGUSTA —Idiota. Dígalo usted, no tema que me puedan herir sus palabras. Dígalo usted. Pero el otro, ese pobre idiota, ese pobre cleptómano, ese, no es hijo de mi esposo, no es hijo de mi amor, ese es hermano de Emma, es su hijo de usted! Y ahora repita que todo pasó. (*Pausa. Augusta se queda como perpleja, oyendo que alguien se acerca.* Alguien viene. Salgamos por aquí. (*Vanse por la derecha).*

ESCENA XV

EMMA y EUGENIO

(*Eugenio entra cautelosamente mirando con sigilo á todas partes. Luego se dirige hacia el mueble en el cual Augusta colocó el sobre con el dinero Abre el cajón, saca el dinero y huye por el fondo. Emma le ha seguido con la mirada angustiosamente como si sofocase. Tiene un impulso: quiere seguir á Eugenio y llamarle. Pero apenas ha dado unos pasos, tiende las manos hacia la puerta por la cual ha huido Eugenio, y cae desmayada).*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, menos el sofá de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

EUGENIO y ROSA, luego AUGUSTA.

ROSA.—*(Cerrándole el paso á Eugenio, el cual quiere salir por el fondo.)* No; he dicho que no puede usted salir. Y si persiste llamaré á la señora...

EUGENIO.—Yo quiero... yo quiero...

ROSA.—¡Pues yo no! La señora me ha dado orden que no le deje salir á usted.

EUGENIO.—(*Con ira, forcejeando para escaparse*)¡Demonio!... ¡Perro!... yo quiero... yo quiero ..

ROSA.—*(Deteniéndole.*) Ya se sabe, el santo de la casa es usted. ¡Quieto ó llamo!... ¡Eugenio!

AUGUSTA.—(*Por la derecha.)* ¿Qué es eso? Eugenio...

ROSA.—Quería salir de casa á toda costa...

EUGENIO.—(*Retrocede mordiéndose la manga del saco, mientras dice entre dientes:*) Perro.. demonio negro... perro...

AUGUSTA —¿Es que no te ha bastado lo de anoche? ¡Mira, Eugenio, Eugenio!

EUGENIO —Quiero, quiero paseo... (*A Rosa, con rabia*) ¡Demonio! ¡demonio!...

AUGUSTA —¡Basta ya! Entre usted allí y cuidado con moverse. (*Eugenio sale por la derecha. A Rosa.)* ¿Aún no ha vuelto Mario?

ROSA.—No, señora... (*Augusta sale por la derecha.)*

ESCENA II

MARIO y ROSA, luego EMMA.

MARIO.—(*Viene por la puerta del fondo.*) ¿Eugenio está siempre en su cuarto?

ROSA.—Creo que sí...

MARIO.—(*Con viveza*) ¿Mamá sabe acaso lo de?... (*Indicando el mueble del cual ha sacado Eugenio el dinero.)*

ROSA.—No sé... nó.. (*Con resolución.*) Nó, no señor: no lo sabe.

MARIO.—Bien: cuida que no sospeche nada. He conseguido recuperar el dinero... Me ha sido fácil. . sabía donde encontrarle... (*Saca del bolsillo interior de la americana un sobre idéntico al que traía Augusta.)*

EMMA.—(*Entra por la izquierda Su aspecto revela abatimento y laxitud. Mira con atención á Mario.)*

MARIO.—(*Sin darse vuelta, á Rosa, y sin haber notado la presencia de Emma.*) Ya sabes, Rosa: que no sospeche que yo he vuelto á poner aquí el dinero .. (*Volviéndose. se interrumpe al ver á Emma. Esta viene hácia adelante, fingiendo no haber visto ni oido nada. A Emma, tímidamente, indicando á Rosa que se vaya.)* Hoy he preguntado por tí dos veces. Me ha dicho mi madre que no estabas buena.

EMMA.—Ya estoy mejor. No fué nada...
MARIO.—¿Es que no estás á gusto aquí...
EMMA.—He dicho á mi padre que deseaba ardientemente volver á Ginebra, aunque me encuentro aquí muy á gusto.
MARIO.—¿Ardientemente? ¿Luego es verdad? *(Pausa.)* Tu padre me ha dicho que le habías manifestado el deseo de marcharte. Esto me mortifica. Aquí estás entre personas que te profesan el más desinteresado cariño. Sin presunción alguna creo que puedo contarme entre los más devotos...
EMMA.—...De mi padre. ¿No es así?
MARIO.—¿Dudas de mi profundo cariño hacia tu padre?
EMMA.—No; y precisamente por eso estamos tan lejos tú y yo, pues él nos separa.
MARIO.—No entiendo...
EMMA.—Digo que no se puede ser amigo de mi padre y mío á la vez: los amigos de mi padre son mis enemigos.
MARIO.—¿Sin excepción?
EMMA.—Sin excepción.
MARIO.—Tú lo quieres...
EMMA.—No: mi padre es quien lo quiere Lo quieren todos aquellos que siguen su doctrina, y tú entre ellos. El dice: «No debes creer más que en una fé: la tuya. No debes amar más que á una persona: tú mismo.» ¿Acaso no es éste también tu credo?
MARIO.—Sí: tú lo sabes.
EMMA.—Pues, ¿en nombre de qué sentimiento me diriges palabras afectuosas? *(Pausa.)*
MARIO.—¿Por qué sonríes de esa manera?
EMMA.—Porque nunca como ahora he sentido tanto desprecio hácia mí misma. Escucha: ayer, después de la discusión que sostuviste con el Padre Romero, durante la cual

pronunciastes frases desapacibles con respecto á tu madre, entraste allá en el saloncito donde estaba yo, profundamente conmovido. Era indudable que te turbaba el remordimiento. *(Mario hace un gesto como para interrumpirla.)* No te impacientes, antes de que yo concluya... Luego, al volver aquí, y al hallarte de nuevo en presencia de tu madre, no pudiste contenerte y fuiste hacia ella para excusarte, sentimiento que te honra, y tu voz temblaba, y había lágrimas en tus ojos, lágrimas que hacía brotar la sinceridad del arrepentimiento. Mas, al reparar en ello, advertido por mi padre... te repusiste y, rojo de ira, acometiste á tu madre con otras irreverencias. ¿Qué prueba ello?

MARIO.—Aguardo que me lo digas...

EMMA.—Ah, ¿tú no lo sabes? ¿No? Pues prueba que, en ese instante, te avergonzabas de un acto que, á más de ser sincero, era noble, para asumir una actitud de superioridad brutal, mortificado de que el MAESTRO te hubiese sorprendido en contradicción con su doctrina.

MARIO.—Convengamos, Emma, que tú me juzgas con severidad excesiva...

EMMA.—*(Con amarga ironía.)* Confío en tu indulgencia. Para algo debe servir la confianza que tenemos, sino como amigos, como condiscípulos. Hemos bebido la sabiduría en la misma fuente, en tierra extraña para los dos, y quizás aspirando á la misma meta... *(Siente que se le humedecen los ojos. Se lleva á ellos las manos y enseñando la punta de los dedos á Mario, dice:)* Yo no me avergüenzo.. y estas lágrimas son hermanas de las que ayer corrían por tus mejillas, Mario.

MARIO.—*(Emocionado á pesar suyo.)* No nos

dejemos vencer por el sentimiento, Emma.

EMMA.—*(Se extremece como si volviese bruscamente en sí. Mira á Mario con intenso mirar.)* No nos dejemos vencer por el sentimiento? Esto es, ¿sobrepongámonos á él? Pero ¿en nombre de qué ley humana debemos sofocar en nosotros la esencia misma de la vida. *(Pausa. Entrambos quedan absortos, mirándose casi sin verse.)* ¿Lo vés? Quería ser cruel contigo. Pero el sentimiento, se sobrepone á la idea, que no me pertenece tan íntimamente. La crueldad no se ha hecho para mi. En esto nos parecemos, Mario. Así es que lo que tenía que imponerte con medios de adversario lo conseguiré uniéndome á tí como aliada.

MARIO.—Mi curiosidad no ha sido tan viva como ahora, Emma.

EMMA.—Aún nada se ha deformado en lo íntimo de tu alma, Mario. Por eso te digo: devuelve la felicidad á tu madre, ya que, en el fondo nadie la desea más que tú. Sepárate de las teorías de mi padre, al separarte de él. Mi padre y yo nos marcharemos de aquí. Y todo será como antes...

MARIO.—Acabas de destruirlo todo con una frase. Piensas que no hay más que decirle á uno: ¿no debes sentir de ese modo, sino de este otro, para que todo sea según nuestro antojo?

EMMA.—Pero yo no digo eso; yo digo precisamente lo contrario: «Sigue los impulsos de tu sentir y obra como sientes», eso digo yo.

MARIO.—¿Acaso no lo hago así?

EMMA.—No; no lo haces Escucha. En Ginebra, lejos de tu familia, hiciste tuyas las teorías de mi padre con fervor entusiasta. A veces, escuchándote, pensé con temor y con ingenuidad candorosa que llegarias á

superar lamentablemente el intelectualismo perverso de tu maestro. Hoy, veo que no hay nada de lo dicho, y se comprende. Allá, mientras tú vivías una vida puramente mental, pudistes, como mi padre, predicar la impiedad, el egoismo, elevándolo á virtud filosófica, en gracia de una energía que ni tú ni mi padre posee, declarando la guerra á todo sentimiento y haciendo de la criatura humana la concepción más monstruosa de la naturaleza. En teoría, todo podía sostenerse, porque la teoría es ya de por sí un absurdo. Pero al volver aquí, á tu hogar, al lado de tu madre, experimentas todo el error de tu ilusión que se desvanece, porque no resiste el choque de la realidad formidable.

MARIO.—No, eso no, no es cierto... No es cierto: mi conciencia está serena. Tú has interpretado mal un acto insignificante.

EMMA.—¿Cuál?

MARIO.—El de ayer...

EMMA.—Ayer tú obrabas con suprema sinceridad, mientras que ahora tratas de violentar tus sentimientos.

MARIO.—No... te engañas.

EMMA.—Me engañaría si prestase fe á tus palabras.

MARIO.—¡Emma!

EMMA.—¿Pero no adivinas que yo sé más de lo que expresan mis palabras? Hace un rato, cuando entré aquí, tú estabas colocando en aquel cajón un sobre con dinero, y creyéndote solo con Rosa, la encargabas que no hablase de ello para que tu madre no sospechase nada de lo ocurrido anoche. Tú asegurabas haber recuperado el dinero sustraído de allí por Eugenio, y tú men-

tías, Mario, tú mentías, para evitar un pesar á tu madre. Esta es la verdad.

MARIO.—*(Inmutado, convulso, mira a Emma con estupefacción.)* Y ¿cómo te has enterado tú de que Eugenio?...

EMMA.—Lo he visto cuando...

MARIO.—¡Tú lo has visto! ¿Por qué no has impedido?...

EMMA.—No pude... no tuve fuerza...

MARIO.—¿No tuviste fuerza?... ¿Donde estabas, Emma?

EMMA.—Aquí, donde estoy ahora...

MARIO.—¿Y estando Eugenio aquí... tú?

EMMA.—No, no pude... *(Emma, como si tuviese ante sus ojos la visión de Augusta y su padre, mira el sitio donde estaban, con perpleja actitud.)*

MARIO.—*(Turbado, sin poder ocultar la profunda inquietud que le domina.)* ¿Por qué, Emma?

EMMA.—*(Murmura, sin pronunciar con claridad las palabras, como si hablara consigo misma.)* Ese pobre idiota... ese cleptómano es hermano de... ¡Oh! ¡oh! *(Extremeciéndose trágicamente, con horror.*

MARIO.—*(Experimentando á pesar suyo una vaga impresión de malestar.)* ¡Emma! ¡Emma!.. ¿Qué ocurre aquí?

EMMA.—*(Como volviendo repentinamente en si, con firmeza.)* Mi padre no puede permanecer en esta casa, Mario. El y yo debemos alejarnos de aquí... ¡Callemos! Aquí viene el doctor. *(Indicando la puerta de la derecha.)* Hablaremos después... *(Emma vase.)*

ESCENA III

MARIO, DOCTOR.

DOCTOR.—Mi enhorabuena al futuro diputado...

MARIO.—(*Radiante de alegría.*) Gracias, gracias...

DOCTOR.—Con que, dentro de poco, gran discurso. ¿eh? Veremos que tal se nos revela el orador. .

MARIO —Será hoy la primera vez que yo hablo ante el público.

DOCTOR.—¿Pero ha preparado ya el discurso?

MARIO —*In mente.*

DOCTOR —(*Sorprendido, con sincera admiración*) Como, ¿improvisará usted?

MARIO —Sı ¿Por qué?

DOCTOR.—No habiendo usted hablado nunca ante la multitud...

MARIO.—¡Oh, no importa! Para decir lo que yo diré hoy, no necesito ni siquiera tomar apuntes. ¡Ya verá usted como, en la expontaneidad de la improvisación, vibrará toda la energ a de mi juventud! (*Con vivo entusiasmo*) Hoy hablaré en nombre de la Vida, libre y fecunda, como la ven mis ojos y la siente mi alma!

DOCTOR.—(*Golpeando las manos como aplaudiendo*) ¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Bien!... (*Riendo.*) Habla usted como si ya estuviese delante de los que le aclaman, y yo aplaudo la sinceridad de sus frases ¿Qué tal?

MARIO.—(*Poniéndose serio, casi inconscientemente.*) La sinceridad de mis frases...

DOCTOR. Sin duda alguna No se oculta facilmente lo que sale del corazón.

MARIO.—(*Variando el tema de la conversación,*

casi á pesar suyo, serio.) Bah, esto no significa nada, Doctor. Allí *(indicando la puerta de la derecha)* sí que se trabaja en algo realmente sólido. Mi maestro acaba de leerme algunos fragmentos de su nuevo libro, ¡esas son obras! .. ¡eso sí que puede enorgullecer al hombre!...

DOCTOR.—¿Es el que intitulará EL EVANGELIO DEL ANTICRISTO.

MARIO —Exactamente.

DOCTOR.—Yo he oido hablar de esa obra. Aquí preocupa mucho la atención pública..

MARIO.—¡Ya lo creo! No estamos acostumbrados á obras de este calibre nosotros. En ella resume mi maestro todas sus doctrinas filosóficas, y será por así decirlo, el coronamiento de su vasta labor inte ectual.

DOCTOR. - *(Como reflexionando consigo mismo.)* Hé aquí la imágen de la vida... Todos trabajamos, para alcanzar ideales diversos, quizás con la misma fé, con el mismo ardor... Y usted, entregándose á la política, obedece tal vez á una actitud heredada de su padre... Era legislador. . *(Se queda como herido por el significado de sus palabras.)* Heredado... *(Sacudiéndose bruscamente sin que le vea Mario. El Doctor dará á todo el diálogo que se sigue un sentido vago. como quien quiere despistar á su interlocutor)* Yo no lo he conocido... ¿Usted lo recuerda, Mario?

MARIO.—Sí, y, cosa extraña, los recuerdos que más vivamente conservo acerca de mi padre, se remontan casi todos á la niñez.

DOCTOR.—(*Sin poderse contener*). ¡Mejor!

MARIO.—¿Por qué?

DOCTOR —(*Turbado, disimula dando á sus palabras un tono sentimental)*. Porque... me

imagino que serán recuerdos cariñosos... tiernos... como todos los de la niñez ..

MARIO.—Sí; mi padre, según lo poco que recuerdo de él, fué muy cariñoso conmigo.

DOCTOR.—Y... ¿cómo era?...

MARIO —Mire usted, lo que mejor recuerdo de él, porque eso me impresionó mucho, es cuando estuvo enfermo.

DOCTOR.—Ah, estuvo enfermo, ¿no es verdad?

MARIO.—Sí gravemente. Después se curó.

DOCTOR.—¿Pero Eugenio nació después de haber estado enfermo su padre?

MARIO.—Sí...

DOCTOR.—*(Sin que le vea Mario se golpea la frente como para significar que ha encontrado algo que no se explicaba antes Augusta y el Padre Romero entran por el fondo y se dirigen hacia la izquierda y salen por ella).*

DOCTOR —*(Con tono satisfecho)*. El domingo nos aguarda otro acontecimiento: el aniversario del asilo de huérfanos, que, hace veinte años ha fundado su madre de usted.

MARIO.—*(Mirando la puerta por la cual ha salido Augusta y el Padre)* No puede usted calcular cuanto me molesta la presencia de este fraile... en mi casa...

DOCTOR —El intelectualismo puro nos hace crueles á veces...

PABLO —*(Entrando por la derecha)*. Y el puro sentimiento nos hace culpables por cobardía.

DOCTOR.—¡Cómo! ¿De modo que usted eliminar a á todos los seres ineptos para luchar por la vida?

PABLO.—Seguramente Hoy debemos impedir la reproducción de lo que decae. Todo ser que en la lucha por la vida no se baste á sí mismo, debe desaparecer, en nombre de

una humanidad superior futura. Mejorar eliminando.

Doctor.—¿Y usted piensa lo mismo?

Mario.—Exactamente. No veo porque hemos de malgastar nuestra energía para conservar la imperfección humana...

ESCENA IV

Dichos y EUGENIO. Luego EMMA y AUGUSTA.

(Mario calla de improviso al ver á Eugenio que entra por la derecha Eugenio al ver que todos fijan en él la atención, se detiene temeroso).

Doctor.—¿Entonces, según esa teoría, él, debería ser eliminado? (*Indicando á Eugenio*).

Mario.—¡No!

Pablo. (*Los dos simultáneamente*) Sin duda... *(Emma entra por el fondo. Eugenio va á su lado y la acaricia)*

Doctor. — *(Con satisfacción).* ¡Ah! Insisto: debe suprimirse, es imperfecto?... *(Pausa. Nadie contesta. Luego á Pablo).* Entrambos han contestado demasiado expontáneamente para que yo dude de la sinceridad de sus juicios respectivos. Comprendo que usted *(á Mario)* haya dicho: «¡No!» me explico asimismo que usted digese: «Sin duda...» Pero á usted no lo liga el vínculo de la sangre, señor Lentier. ¿Contestaría usted de igual modo si en lugar de Eugenio se hablase de?.. (*Mira á Emma. Augusta por el fondo se acera á Emma y á Eugenio. Forma grupo aparte; Pausa.)*

Doctor.—*(Ya sin serenidad á Pablo).* ¿Contestaria usted de igual manera? *(Pablo mira á Augusta cuya mirada le subyuga á pesar suyo y calla).* ¿No responde usted? (*Con*

amarga ironía). ¡Ya ve si es debilidad ó fuerza el desinteresado amor por los que sufren!

ESCENA V

Dichos, (menos EUGENIO) PÉREZ y CASTRO.

MANUEL.—*(Anunciando* : Los señores Pérez y Castro. *(Augusta acompaña á Eugenio hasta la puerta de la izquierda por la cual sale al volverse se encuentra con los que entran).*

PEREZ —*(Concitado, á Mario que va a su encuentro, estrechándole la mano con efusión).* Ya han salido los manifestant s del círculo. Son muchos: más de lo que se creía.

CASTRO.—*(Saludaudo, también concitadamente*) No tardarán en llegar.

MARIO.—Mejor, mejor...

CASTRO.—¿Qué tal el discurso?

PÉREZ.—¡Soberbio, ya me lo imagino! *(A Augusta saludando)*Señora, mi enhorabuena...

CASTRO —La felicitamos ardientemente, señora. *(Saludan).* Hoy es un gran día para usted también.

AUGUSTA — *(Saluda y sonríe tristemente).*

CASTRO.—*(Al Doctor saludando)* ¿Cómo va?

DOCTOR AGUIRRE.—Ya se ve. Con menos ardor y entusiasmo juvenil que ustedes.

MARIO.—*(A Pérez y Castro).* Permitan ustedes que les presente á mi ilustre maestro, Pablo Lentier. *(A Pablo indicandoles uno después del otro).* El Doctor Pérez, y el Doctor Castro, abogado

PÉREZ.—*(Inclinándose y tendiéndole la mano).* Celebro mucho la oportunidad que me proporciona el alto honor de conocer á usted personalmente, después de haberle ad-

mirado por sus obras. *(Pablo se inclina serio casi rígido)*.

CASTRO. — Hago mios los conceptos de mi amigo y colega porque expresan los mismos sentimientos con respecto á usted... *(Pablo se inclina como antes.)*

MANUEL.—*(Anunciando)*. Los señores Alvarez y la señora Rodriguez.

ESCENA VI

Dichos, los conyugues ALVAREZ y la señora RODRIGUEZ.

(La señora Rodriguez viene hacia Emma y Augusta, saluda, luego se inclina al grupo de la derecha formado por los hombres)

DOCTOR ALVAREZ.—*(A la señora siempre en el fondo continuando una rencilla)*. Pero, escucha...

SRA. ALVAREZ.—He dicho que no.

DOCTOR ALVAREZ —Es que quiero justificarme ..

SRA ALVAREZ —Pues yo no lo quiero.

DOCTOR ALVAREZ.—Eso prueba que no tienes razón. .

SRA. ALVAREZ.—Mejor.. .

DOCTOR CASTRO —*(A Pérez indicando á Alvarez)*. ¡Novedad tenemos: Alvarez riñendo con su señora! *(Rie)*. *(La Sra. Alvarez se adelanta hacia el grupo de señoras, saluda y siguen hablando*

DOCTOR ALVAREZ.—*(Saluda á los circunstantes, luego á Mario)*. Ya lo ve usted: la primera vez que tengo el gusto de venir á su casa entro en son de guerra... *(Indica á la señora y rie)*.

MARIO.—Hoy este es nuestro campo de acción. Permítame que le presente á usted mi

maestro, Pablo Lentier (*Indica á Pablo, luego á éste indicando á Alvarez*). El Doctor Carlos Alvarez...

PABLO.—(*Interrumpiendo*). ¿Abogado?...

DOCTOR ALVAREZ.—(*Rápidamente*). No: médico... (*Le estrecha la mano*).

SRA. ALVAREZ.—Así, así como lo que oyen ustedes, ¡santa paciencia!

DOCTOR ALVAREZ.—(*A Mario y á los dos amigos*). Y hé ahí que mi señora me denigra por el amor de Dios.

SRA. ALVAREZ.—¡Carlos! (*Lo mira con dureza luego, presentando*) La señora Augusta de Pereyra, la señorita Lentier; mi esposo...

DOCTOR ALVAREZ.—*Con gravedad y corrección no afectada*) Muy señoras mías (*La señora Alvarez le mira retirarse y reunirse al grupo de la izquierda*).

DOCTOR ALVAREZ.—(*Alzando los ojos al cielo, en voz baja al Doctor Aguirre*) ¡Dios de misericordia: una mujer coqueta y devota es demasiado contra un marido!... (*El Doctor rie*).

SRA ALVAREZ.—(*Al Doctor con acento de dominio*) ¿Ha dicho algo contra mí? . .

DOCTOR.—(*Con voz melosa*). Ha dicho que es usted un modelo de indulgencia.

SRA. ALVAREZ.—(*Con tono satifecho*). ¡Ah!...

DOCTOR ALVAREZ. — (*Cómicamente*). Hombre verídico, dame tu mano. (*Le estrecha la mano con energía*).

PÉREZ—(*Abraza con efusión á Mario*). Muy bien, muy bien. Vida, energía es lo que necesitamos. eso.

CASTRO.—¡Mal dia para los que no marchan con el progreso es este!

DOCTOR AGUIRRE.—(*A Pablo*). ¿Qué tal: está usted satisfecho de su discípulo?

PABLO.—(*Después de mirarle friamente*). ¡No!

Mario y los demás hombres se acercan. Pablo á Mario). Joven héroe, ¿cual es el objeto de la vida? (*Las damas se dirigen á la antesala Emma se sienta al piano y toca la serenata de Schubert, cuyas notas se oyen con intermitencias*)

MARIO.—Un día, á esa misma pregunta, contestó usted: «Estar solo en medio de la multitud»

PABLO.—Y ahora agrego: un hombre de mi temple dificilmente soportaría otro ideal.» (*Mirando al Doctor*). Cuando tengas una virtud y esa virtud sea tuya, no la tendrás en común con nadie (*A Mario*). Si tú estarás solo en tu idea, habrás creado tu nueva fe. Pero tu idea no será grande sino pasando á la multitud, y entonces ya no será tuya. El hombre político, el hombre de la plaza pública, es la negación de si mismo. Mírale en esa parte del alma que sale á los ojos, y te encontrarás con que no tiene ninguna Esa alma no se desmiente nunca, porque nunca se afirma. No la puede uno conocer porque no existe por sí misma, y sólo refleja las que en ella se miran. Cambia de forma al cambiar de sitio. Es múltiple ante la turba, asume la imagen sencilla de una entidad si no tiene delante más que un individuo, y cuando queda sola es invisible. El hombre de la plaza pública es la negación de sí mismo. Joven héroe: ¿con que objeto quieres sacrificar la mejor parte de ti mismo al confundirte con la muchedumbre?

MARIO -Con el de llevar la á conciencia colectiva una forma de verdad libertadora, guiándola hacia un ideal superior, maestro.

PABLO.—El que busca la verdad para trocarla en bien, no hallará nada. Y no se tiene el

derecho de mejorar lo que no se puede destruir. Además, tu aspiración está fuera de mi ley. Amo al que domina fustigando, no al que acaricia.

MARIO.—Pero usted también ha dicho que dos hombres de principios iguales quieren probablemente alcanzar algo fundamentalmente diverso.

PABLO.—*Le mira con intensidad, mira hacia su derredor, fijándose en el Doctor.*) ¿Ha comprendido usted por qué no estoy satisfecho? Señores .. (*Se inclina ante los que le rodean y se aleja murmurando:*) Y cuando miré en torno mío, me encontré con que el tiempo era mi único contemporáneo (*vase por el fondo*).

ESCENA VII

Dichos, menos PABLO.

DOCTOR.—(*A Mario.*) ¿Qué dice usted de eso, Mario?

DOCTOR ALVAREZ.—Me parece que no ha dicho cosas muy lisonjeras para ustedes. pro-hombres de la patria. (*á Pérez y á Castro.*)

PÉREZ.—¡No por cierto!

CASTRO.—Vaya un hombre raro...

MARIO.—Todo eso no ha conseguido aminorar el entusiasmo de esta hora de energía Hoy siento, como he sentido pocas veces, vibrar toda la potencia de mi juventud. Por esto hablaré en nombre de la Vida nueva.

PÉREZ.—¡Así me gusta!

DOCTOR.—Muy bien, muy bien, Mario.

DOCTOR ALVAREZ.—(*A Aguirre.*) Me pareció que el Sr. Lentier no te mirase con gran simpatía, mi querido colega.

DOCTOR.—Es cierto. Me he dado cuenta de ello. Antes que ustedes llegasen había dis-

cutido con él, hasta acalorarme. Figúrate que sostenía ¡vaya una bizarría!... sostenía que la verdadera misión moralizadora de la sociedad actual era la de suprimir á todos los seres imperfectamente organizados é ineptos para la lucha por la vida. Nada de hospitales, hospicios, casas de salud públicas, en fin, hacer del mundo una formidable roca Tarpeya para .. y dispensadme si es poca paradoja .

Doctor Alvarez —Y, por supuesto, tú protestaste. ¡Ah, egoista! (*Con afecto sincero.*) ¿A dónde irían á parar tus aficiones científicas si se adoptase ese proyecto? ¡Dejarle al Doctor guirre sin sujetos para sus experimentos! A propósito, ayer me acordé de tí, ó, mejor dicho, de tus predilecciones científicas.

Doctor —¿En qué circunstancias, digo, si es que puede saberse?

Doctor Alvarez —Ante un caso de degeneración hereditaria interesantísimo

Doctor.—¿Degeneración hereditaria?

Doctor Alvarez.—Sí. Un caso que, de seguro, te interesaría para un estudio genealógico, según tus aficiones, Tú, que buscas siempre las causas, hallarías en los progenitores incentivo inapreciable para tus investigaciones. *Alegre y en tono de chanza.*) Me apresuro á hacer constar que por el dato no cobro comisión, pues, á mi manera, quiero contribuir á tus perfeccionamientos científicos.

Doctor.—Veamos, veamos: vengan datos.

Doctor Alvarez.—(*A sus amigos, con aire de triunfo.*) ¿No decía yo?... En cuanto á nuestro Doctor se le habla de enfermedades hereditarias, es hombre conquistado.

PÉREZ Y CASTRO. — (*Juntos.*) Es cierto, es cierto.

DOCTOR ALVAREZ.—¿Si es cierto?... Hombre, tan es así que el día que yo necesite un diagnóstico para meter en el manicomio á un acreedor molesto, voy, le descubro media docena de *casos* hereditarios y ya tenemos á nuestro Doctor capitulando . ¡Ah, ja! ja! ja! ja! (*Los demás también ríen.*)

DOCTOR —Bueno... pero vamos al grano.

DOCTOR ALVAREZ —Pues... (*á los amigos*) ¿ustedes permiten, verdad?

CASTRO.—Sí, hombre, si (*Augusta, Emma y las señoras Alvarez y Rodríguez se acercan al grupo de hombres, insensiblemente.*)

DOCTOR ALVAREZ.—Pues ayer por la mañana, al salir de la casa de un cliente, soprendí á un muchacho, que de seguro debe pertenecer á una buena familia, dadas las apariencias, el cual espiaba una pordiosera para robarle algunos céntimos, pocos, á no dudarlo.

PÉREZ.—¡Vaya un caso!

DOCTOR.—(*Ansiosamente.*) Continúa, continúa. .

DOCTOR ALVAREZ —En la esquina, al dar vuelta por la plaza grande, estaba la pobre mujer, dormida, con la cabeza inclinada sobre una criaturita de pecho. Un cuadro desolador. Al lado de la mendiga. esparcidos por el suelo había algunos cobres; pues el muchacho, que había estado espiando, se echó de pronto sobre ellos y, cuando ya iba á huir le detuve, y le obligué á dejar en su sitio lo que no era suyo. Lo curioso es que el pobre cleptómano, al verse descubierto, empezó á temblar de tal manera que me dió lástima. Luego, al verle la cara, comprendí que se trataba de un

inconsciente, de un pobre idiota, cuyo padre, á no dudarlo, debió acabar loco en un manicomio; y con voz entrecortada comenzó á decir: «El angel blanco me salva, el angel blanco...»

ESCENA VIII

Dichos y EUGENIO. Eugenio entra por la izquierda.

DOCTOR ALVAREZ.—*(Al verle exclama.)* ¡Es ese, es ese!. .
DOCTOR.—¡Calla!
EMMA.—*(Como si fuese á caer, con voz casi imperceptible).* No... no. .
MARIO.—*(Con exaltación marcada, mirando el vacío como un alucinado)* Hereditaria... entonces yo? ..
AUGUSTA.—¡Mario!...
DOCTOR —*(A Alvarez)* ¡Qué has hecho desdichado!... *(En ese instante de la calle llega el sordo rumor de la muchedumbre que se aproxima.*
SRA ALVAREZ.—*(Corre al balcón de la derecha).* ¡Llegan, llegan... ya están aqu !
SRA. RODRÍGUEZ.—Sí, dan vuelta la esquina... Llegan ..
DOS.—*(Por el fondo, concitados, á Perez y Alvarez)* Es imponente... Somos el doble de lo que creíamos. Ya estamos aquí... Y Mario? *(Un gran clamor domina las voces de la sala: es la muchedumbre Se oyen vivas al nombre de Mario Pereyra, confusamente).*
PEREZ—*(Desde el balcón).* Pe eyra... que se asome!...
DOCTOR AGUIRRE.—Sí... el discurso, Mario...
SRA. ALVAREZ —¡Es imponente! Señora Augusta, ¡mire, mire usted... Emma! *(El fragor de la muchedumbre arrecia, incontenido;*

el nombre de Mario Pereyra llega con más claridad, de entre el olejo humano. Un grupo de manifestantes, entra por el fondo de la escena, con ansia. Algunos de los que están en la escena van á su encuentro. Discurren concitados

CASTRO —(*Desprendiéndose de ellos á Mario.*) Pereyra, Mario, asómese usted...

PEREZ —(*Idem*). Sí. . el discurso... no se puede hacerles esperar más tiempo...

DOCTOR AGUIRRE —¡Animo, ánimo, Mario!...

DOCTOR AALVAREZ —(*Y algunos del grupo*). ¡Pronto! Y serenidad... el pueblo está con nosotros ..

MARIO.—(*Aturdido mirando hacia todos lados*). Sí. . sí en nombre de la vida .. (*La agitación de la muchedumbre se comunica á los que están en escena.*)

OTRO.— *De los manifestantes, por el fondo agitadísimo*) ¡El pueblo se impacienta! .. Que se asome Mario Pereyra!... (*Una ondulación pasa por todos los circunstantes. La muchedumbre parece desbordarse*).

UNO.—¡Mario! ¡El discurso!

OTRO.— Al balcón, llevémoslo al balcón!...

OTRO.—¡Sí, sí!. .

MARIO.—(*Empujado por varios*). ¡Sí... en nombre de la vida! Déjenme ustedes... solo, yo solo. . ¡En nombre de la Vida! (*Se acerca al balcón vacilando Al llegar á él, la multitud grita y aplaude frenéticamente. Luego se hace un silencio de letargo, angustioso. Mario dirigiéndose á la multitud, exaltado con voz temblorosa y con esfuerzo creciente.*) ¡Conciudadanos!... ya conocéis mi credo: propagar la vida... la vida. No: la humanidad no está cansada, no envejece... ¡Miremos las maravillosas armonias que se fecundan bajo las vibraciones del sol! Oid,

oid como canta esa fuerza gigantesca que se llama naturaleza!... ¡La Vida! la vida... Dejad que la Humanidad, libre en su grandeza vaya por las vias del espíritu según el genio de sus edades .. Dejadle tener la tierra toda por tierra de promisión y por Jerusalén el mundo! .. *(Un gran clamor de aprobación llega desde fuera).* Nuestro organismo... es joven... no puede morir, no puede.. *(con desesperación).*La sustancia de su energía vital tiene los ímpetus y los arrebatos de una viribilidad perfecta. . La vida.. la vida... *(Pausa. Mario se pasa la mano por la frente sudorosa con insostenible angustia. Luego:)* Nosotros le marchitamos el corazón... Todo se derrumba... pero yo quiero... ¿Acaso la carcoma ya ha hecho presa en nuestro organismo para que debamos renunciar á la vida!. .

VOCES DE LA MULTITUD.—¡No! ¡no! ¡no!...

MARIO.—*(Exaltándose).* Yo .. quiero vivir!... La disolución . el desastre inevitable... Hay que difundir la vida... propagarla .. La vida... oponerse á la muerte! ¿La muerte?. . ¿Por qué dicen que la hemos heredado, que la llevamos en nosotros?. . ¡La muerte!... *(A este punto Mario se aleja del balcón, va hacia el Doctor Aguirre, impetuoso, con el semblante descompuesto, le ase con violencia gritando fuera de sí:)* ¡La verdad! la verdad... quiero saber la verdad!...

DOCTOR.—¡Mario! ¡Mario! Mario...

AUGUSTA.—¡Mario, hijo mio!

MARIO.—¡La verdad!. quiero saberlo: yo... ¿yo también pediré que el angel blanco me salve? ¿Yo también?... Hable usted, vive Dios!... ¿Yo también?...

DOCTOR.—*(Forcejeando para librarse de Mario).* Mario... Mario...

MARIO. — El angel blanco... herencia .. ¿yo también como él?... (*Indica á Eugenio*).

AUGUSTA.—(*Con resolución á su hijo*). Tú... tú no, Mario... porque Eugenio...

EMMA.—(*Interponiéndose, bajo á Augusta*). ¡No reveles el nombre de mi padre!

AUGUSTA.—¡Cómo ¿Tú sabes que es él? ¡Oh!... (*Retrocede aterrorizada*).

TELÓN



ACTO TERCERO

Otra habitación en casa de Augusta. Puertas laterales. Otra en el fondo de cristales, por la que se vé la balaustrada del terrado y el jardín. En el fondo, á la izquierda, una mesa-escritorio A la derecha, primer término, una mesita, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

EMMA, PABLO, DOCTOR AGUIRRE y ALVAREZ.

PABLO.—(*A Emma, dictando*) ...Y el hombre olvidó que era un Dios él mismo. Todo gran ideal está por encima de la compasión, y todos los creadores son despiadados porque saben querer.

DOCTOR AGUIRRE —(*Bajo á Alvarez.*) No; esta mañana aun no he visto á Mario, porque he notado que mi presencia le impresiona... Pero hablé con su madre y sé que se ha calmado. La señora Augusta me acabará de tranquilizar dentro de breves ratos. ¡Suceden cosas que ni preparadas adrede!

ALVAREZ.—¡Quién iba á suponer! Yo no conocía la casa. Ayer era la primera vez que venía. Las relaciones de mi mujer, tú lo sabes, me tienen con cuidado... Y,

por supuesto, pongo todo mi empeño para huir de ellas. Mi señora está atacada por la manía filantrópica. . y yo pago las consecuencias. Figúrate que me obliga, así como lo oyes, me obliga á visitar, casi diariamente. á una cantidad de enfermos que, no sólo no pagan. sinó que yo tengo que pagarles á ellos...

Doctor Aguirre —(*Sin haber escuchado á Alvarez, casi hablando consigo mismo.*) Es extraño...

Doctor Alvarez.—Vaya si es extraño.

Doctor Aguirre.—Pero no hay nada de lo que se teme, estoy casi seguro. .

Doctor Alvarez.—¿Como que no hay nada? Ya lo verías tú si estuvieses en mi lugar.

Doctor Aguirre.—Pero ¿de qué hablas tú?

Doctor Alvarez.—¿Cómo? ¡De mi mujer!...

Doctor Aguirre. — Muchas gracias por la atención que prestas á mis palabras.

Doctor Alvarez.—Alto, alto ahí... En todo caso soy yo quien debe agradecerte, pues quien escuchaba, ó debía escuchar, eres tú desde el momento que yo era quien hablaba...

Doctor Aguirre.—¿Sí?...

Doctor Alvarez.—Digo... avisa si te han contagiado... (*Indica la perturbación mental.*)

Pablo.—(*Dictando.*) Estamos encerrados en un círculo de misterio que nadie ha explicado ni explicará nunca, dicen, y personifican en lo ignoto una fuerza obscura que no existe. Conciencias opacas, en las cuales no se refleja nunca la quimera del bien y del mal.

Doctor Alvarez.—Ya puedes suponerlo: la noticia causó en el *Club* una pésima impresión. Además, los periódicos adversarios

hacen insinuaciones poco lisonjeras para Mario Dicen que el malestar que de improviso le afectó ayer débese más que á otra cosa, á su absoluta impreparación oratoria Un diario agrega que no habiendo Mario aprendido bien de memoria la lección, se encontró con que no supo qué decir á sus correligionarios, y que lo del malestar no fué más que un recurso oportuno para salir del atolladero.

Doctor Aguirre.—Son unos imbéciles y no me sorprenden sus majaderías

Emma.—(*Leyendo lo que acaba de escribir, con voz flebil. angustiada.*) ...y el hombre que ha sabido matar a Dios ha llegado.

Pablo.—Bueno, está bien. Por ahora, basta. Mas tarde reanudaremos otra vez nuestro trabajo.

Emma.—(*Levantándose y dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda. por la cual sale.*) Me llamarás cuando quieras ..

Pablo —Sí; yo también quiero que *mi* sol *(indicando el sol que entra por el terrado)* exalte mi substancia vital. (*Arregla los pliegos que hay sobre la mesa.*)

Doctor Alvarez —*(Mirando á Pablo, en voz baja.)* Es peligroso tener genio...

Doctor Aguirre.—*(Mirándole intensamente.)* ¿Por qué?

Doctor Alvarez.—Porque nunca se sabe con precisión donde termina el genio y empieza la locura...

Doctor Aguirre.—*(Turbado, con ímpetu.)* ¡Calla!... ¡por Dios! (*Entrambos se miran en silencio, brevemente.*)

Pablo.—(*Adelantándose hacia el proscenio.*) Con permiso, una pregunta: ¿no aman ustedes el sol?...

DOCTOR ALVAREZ.—(*Mira á Aguirre, sorprendido. Luego dice:*) Sí... modestamente.

PABLO.—(*Rompe en una carcajada sarcástica.*) Esa frase le retrata á usted de cuerpo entero

DOCTOR ALVAREZ.—(*Desconcertado.*) ¡A mí!...

PABLO.—El limbo se ha hecho para quien lo merece, ja! ja! ja! (*Al doctor Aguirre, poniéndose serio de improviso.*) ¿No ama usted el sol?

DOCTOR AGUIRRE.—Si, ¿y usted?

PABLO.—¡Oh! muchísimo. Yo amo todo lo que me pertenece: el sol fecunda la Vida. Y yo le amo al punto que por él interrumpí mi trabajo.

DOCTOR AGUIRRE.—Su nuevo libro ¿eh? que será...

PABLO.—... un libro para todos y para nadie; pero la humanidad me deberá el libro más profundo que se haya escrito.

DOCTOR AGUIRRE.—¿«El Evangelio del Anticristo»?

PABLO.—Precisamente. Obra que usted, y otros como usted detestan en su esencia, aunque no llegarían á ella sino superficialmente. No, no, no hay ofensa personal. ¿Para qué? Hay en usted muchos siglos de herencia psicológica acumulados. Las palmas de aquél que entró en Jerusalén...

DOCTOR AGUIRRE.—¿De manera que usted, ante la muerte?

PABLO.—¡Ah! La muerte... ¿El apólogo de la verdad suprema es acaso el miedo? ¿Y la mentira?...

DOCTOR AGUIRRE.—¿Cree usted haberse sustraido a él porque sabe negar?

PABLO.—Porque sé AFIRMAR. ¡La muerte! ¿Puede usted decirme, hombre fórmula y

ergo, qué relación hay entre el signo de las ideas y la parábola de un astro obscuro?

Doctor Aguirre.—Búrlese usted de *la* sabiduría, de *la* ciencia; pero no se mofe usted de la mia,... de la mía, porque es positiva en muchos casos .. porque cuando yo sé, sé de veras! *(Todo ello con intención mal disimulada)*

Pablo.—*(En son de mofa.)* Le sienta á usted muy bien, Doctor, ese tono de ambiguedad profética... Me agrada... Hay apariencia de superioridad.

Doctor Aguirre.—No creo en superioridades... con perdón de usted.

Pablo.—Ya lo sabía yo... pero el limbo se ha hecho para quien lo merece... Hé ahí por qué les dejo á ustedes y voy hacia el sol... *(Sale por el fondo.)*

ESCENA II

DOCTOR AGUIRRE y DOCTOR ALVAREZ.

Doctor Aguirre —Y bien, ¿qué te parece?

Doctor Alvarez.—Que es peligroso tener genio... más: creo que convendría estar á una distancia higiénica...

Doctor Aguirre.—¡Ay, amigo mío! Creo que estoy por descubrir algo terrible...

Doctor Alvarez —¿Te quedan dudas acerca el estado del señor Lentier?

Doctor Aguirre.—No, no es de eso...

Doctor Alvarez.—Escucha: hace un rato, al referirte á Mario, dijiste que estabas casi seguro de que no había nada de lo que él teme. Pero, tratándose de enfermedades hereditarias, si la heredó Eugenio, es inevitable que también la heredase Mario, puesto que ella emana del mismo padre.

DOCTOR AGUIRRE.—Sin embargo, Mario no presenta ningún estigma... ¿ó á tí te resulta lo contrario?

DOCTOR ALVAREZ.—A mí no. Pero ¿cómo lo explicas tú?

DOCTOR AGUIRRE.—¿Olvidas que en el padre se trata de una enfermedad adquirida?

DOCTOR ALVAREZ.—¡Ah! ¿tú supones que el padre haya sido afectado por ella después de haber nacido Mario?

DOCTOR AGUIRRÉ.—Estoy casi seguro... Pero dentro de poco lo sabremos con rigurosa exactitud. Por ahora conviene callar. Aquí viene la señora Augusta. Te suplico, déjame solo con ella, es necesario.

DOCTOR ALVAREZ.—Sí; te dejo. Hoy tengo una consulta ¿Irás á verme esta tarde?

DOCTOR AGUIRRE.—Cuenta conmigo.

DOCTOR ALVAREZ.—*(Marchándose por el fondo, izquierda.)* Hasta luego, pues.

DOCTOR AGUIRRE.—Adios.

ESCENA III

AUGUSTA y el DOCTOR AGUIRRE.

DOCTOR AGUIRRE.—Buen día, señora.

AUGUSTA.—Buen día, Doctor. He preguntado por usted hace un rato. Acaba de ver usted á Emma, ¿verdad?

DOCTOR AGUIRRE.—Sí, señora. Estaba aquí. La he notado algo taciturna, un poco triste.

AUGUSTA.—¡Hay muchas penas que ocultar en esta casa, Doctor!

DOCTOR AGUIRRE.—Harto preocupada está usted por las aprensiones de Mario, señora Augusta, yo me atrevo á opinar que injustamente.

AUGUSTA —Lo sé Pero no es eso que cree Mario lo que agita mi conciencia. no. Y dentro de poco, Mario recuperará la tranquilidad más completa respecto á su equilibrio orgánico,. . como diría usted (*Breve pausa. El doctor observa á Augusta como si quisiera escrutar sus ideas más recónditas.*) Pero hay otros que quizás sufran tormentos mayores, á pesar de su calma aparente. ¿Emma estaba aquí con el señor Lentier?

DOCTOR AGUIRRE.—Sí señora.

AUGUSTA —(*Como hablando consigo misma.*) No, no, no: esto segura: Emma no puede...

DOCTOR AGUIRRE. — (*Mirándola fijamente.*) ¿Emma?

AUGUSTA —(*Con sobresalto, turbada, fingiendo distracción*) ¿He dicho Emma?...

DOCTOR AGUIRRE —(*Con intensa mirada*). Sí...

AUGUSTA —(*Mira al Doctor brevemente en silencio, luego*). Es estraño. . No es Emma quien puede hacer suponer que necesita cuidados... Usted mismo me ha dicho varias veces que ella es fuerte y que . no es posible que haya. . en fin que es sana... (*El doctor y Augusta, turbados, se miran en silencio*).

ESCENA IV

Dichos, EMMA, luego MARIO.

EMMA —(*Por el fondo*). Ah, perdonen ustedes . (*Hace como que va á marcharse por la izqnierda .*

AUGUSTA. — (*Presurosa*). ¡No, Emma! Si no molestas ¡al contrario!

MARIO —(*Aparece por la izquierda El y Emma se miran en silencio. Luego Mario repara en el Doctor, se adelanta hacia él y le mira sin hablar.*)

DOCTOR AGUIRRE —No le suponía á usted en casa, Mario... Creía que hubiese salido usted como acostumbra..

MARIO.—¿De veras pensaba usted que esta mañana podía yo haber salido á paseo?...

DOCTOR AGUIRRE.—De veras... Como sale usted todos los días...

MARIO.—Ah... pero á usted, en mi lugar, le hubiera quedado ánimo para pasear después de lo que pasó ayer. *(Su mirada se encuentra con la de Emma, y truncando la palabra guarda silencio El Doctor Aguirre observa á Emma atentamente)* ¿Ha salido tu padre, Emma?...

EMMA —Creo que sí...

DOCTOR AGUIRRE —Me parece que el señor Lentier ha bajado al jardín.

MARIO —*(A Emma)*. Necesito verle... Tenemos que hablar.. y yo no estoy seguro si me queda tiempo... *(Hace como que se encamina hacia el fondo.)*

EMMA.—*(Cerrándole el paso)*. ¡No! aún no, Mario...

ROSA.—*(Por la izquierda en voz baja á Augusta)*. Señora, Eugenio quiere salir, se rebela...

AUGUSTA.—*(Bajo)* ¡Calla!... ahora voy... *(Rosa sale por la izquierda. Augusta á Mario fuerte)* Sí, Mario, aguarda: yo te explicaré. . luego. *(A Emma)* Emma... dentro de un rato tendré algo que decirte á tí también...

EMMA —Cuando dispongas, tía...

AUGUSTA.—Acompáñeme usted, Doctor; necesito consultarle. *(Augusta y el Doctor salen por la izquierda)*.

ESCENA V

EMMA y MARIO.

(*Entrambos se contemplan sin hablar. brevemente El sol que entra por los cristales del fondo envuelve á Emma con su beso cálido.*)

MARIO.—¡El sol! .. Hoy me parece que hay más vida en la vibración de la luz!... (*Sonrie tristemente*) Pero tú, Emma, no la ves tal como se me presenta á mí Hoy nosotros miramos la vida de muy diversa manera.

EMMA.—Nosotros siempre hemos visto la vida de diversa manera... Sin embargo, nuestras almas nunca han estado tan cerca como ahora. El dolor nos une...

MARIO.—(*Con amargura*). ¡El dolor nos une!... Sí, es cierto Además, alejándonos del presente, nos hace vivir de recuerdos lejanos. ¿Sabes qué me ha recordado el aspecto apacible de este sol? Esa mañana que por primera vez salimos á paseo, en Ginebra. ¿Lo recuerdas? Era el mes de Octubre y el alma de las cosas parecía vigorizada. En medio de esa lucidez perfecta, se hubiera distinguido una garita sobre el Vauche, colina que cierra el horizonte de Ginebra al sudoeste ¿Recuerdas? Esta mañana, ordenando mis papeles, encontré mi diario íntimo, que comencé á escribir entonces... Un día, tú me dijiste que deseabas leerlo. Yo me opuse. Hoy ya no tengo secretos para contigo, Emma. (*Saca del bolsillo de la americana un cuaderno de notas.*) Aquí hay algunas líneas referentes á esa mañana que me son queridas, porque encierran una confesión que no hice jamás. ¿Quieres escucharme?... Yo las leeré...

EMMA.—No, ahora no, Mario.

MARIO.—Te lo suplico concédeme esta gracia. Quizás sea la última. (*Luego lee con voz temblorosa y con profunda emoción*). »Ginebra. Octubre 27. Paseo con la seño»rita Lentier. Nos rodea un paisaje mati»nal arrobador, cuyos caracteres trasmiten »de manera prodigiosa el sentido de su »ambiente. La señorita Lentier está dotada »de un espíritu ágil, cuya percepción me »sorprende á cada paso. No ostenta cultu»ra, aunque la posea esmeradísima. Es mo»desta, algo inclinada á la melancolía, . es »adorable ¿Quién sabe?...» (*Se miran en silencio. Una pausa*). Mi pensamiento era claro Pero no tenía valor para confesármelo á mi mismo. «¡Quien sabe!» Y ahora dime que me perdonas, y prométeme que aún no dejarás esta casa, Emma.

EMMA.—(*El llanto le anuda la garganta*). ¡Ah, Mario, ya no es menester que lo prometa! Dios sabe si yo podré irme... Tú hablas bajo una impresión que se desvanecerá en breve, y las horas que trascurrieron desde ayer serán así como el recuerdo vago de un sueño febril. Mientras que yo...

MARIO.—No, Emma, no: yo sé lo que me espera, y por cuanto ello sea horrible, aguardo con resignación, sereno... ¿Por qué lloras, Emma?

EMMA.— *Haciendo fuerza sobre sí misma, trata de disimular*). No, yo no lloro... (*Y solloza sin poderse contener*).

MARIO—¡Ah, Emma! Ayer me mostrabas tus lágrimas con orgullo. Y ello fué para mi una enseñanza. Hoy eres tú quien trata de ocultarlas. ¿Es que aun no hemos llegado á merecer nuestra confianza reciproca Emma, es eso, es eso? Yo bendigo, ese llanto.

por que él nos ha revelado á nosotros mismos.

EMMA — Perdóname Mario; tu madre me aguarda... (*Sigue una pausa, se miran sin hablar. Luego Emma vase por la izquierda. Mario se deja caer sobre el sofá Pablo entra por el fondo, derecha, mientras Emma pasa los umbrales de la puerta y desaparece*).

ESCENA VI

MARIO y PABLO.

PABLO.—¡Mario!...

MARIO.—(*Se alza rápidamente, va hacia Pablo y le abraza con transporte*) ¡Oh, maestro!

PABLO.—Tarde madrugas. Mira, yo he aprovechado la mañana. Y, como ves, también he saludado al sol.

MARIO —Yo me levanté mientras amanecía...

PABLO.—No te he visto ¿Has trabajado?

MARIO.—¿Para qué?..

PABLO.—(*Le mira, luego con jovialidad*). Ah... ¿Es que tu poca fortuna oratoria te ha hecho cambiar el concepto que tenías de la vida?... (*Sonríe con malicia*).

MARIO.—¿Eso es lo que usted cree?...

PABLO —Hombre... sí, eso; porque me han dicho que tu mal humor viene de allí.

MARIO.—¡No, no, no es eso! Es que desde ayer una verdad terrible me aplasta...

PABLO.—Hasta hace poco creías que para nosotros no eran verdades las que se oponían á la constitución de nuestro ser.

MARIO.—Es que la que yo he descubierto está en mí de una manera absoluta.

PABLO —Entonces, debieras alegrarte. ¿Sabes tú cuantas sombras en forma de hombres se agitan en el vacío del espacio sin que en su existencia se detengan una vez para

notar un pensamiento que les haga exclamar: «¿ahí está la vida?»

MARIO.—Mejor si la duda no les permite declarse En la duda, el hombre es el dios de sí mismo. Y vive Ante ciertas verdades, no.

PABLO.—Mario. Tú no debes permanecer ni un minuto más en esa creencia. El bien alcanzado con la mentira, repugna á las conciencias elevadas, y la tuya se ha formado en alturas eminentes. Recuérdalo bien: tú eres mi obra más perfecta porque eres la continuación de mi idea en acción. Te lo repito: tú eres mi obra más perfecta, esa de que yo más me precio. Con todo transijo, pero con que mi obra se deforme, no! ¿Por qué hablas así, Mario?

MARIO.—Porque tu doctrina me rechaza y me condena.

PABLO.—¿Te rechaza?... ¿te condena?..

MARIO.—Sí. Ella dice: «Es menester mejorar eliminando.» «Es necesario que desaparezcan los seres imperfectamente organizados». Y yo . yo lo soy?

PABLO.—¡Mario! ¿Qué dices?...

MARIO.—¡Oh, *mi* verdad! La verdad. Sí: yo, quizás en breve... como Eugenio... como él...

PABLO.—Mario... ¿qué ocurre aquí que yo no entiendo?...

MARIO.—*(Con desesperación.)* ¡Que yo, pronto seré como Eugenio!

PABLO.—¡No! *(Entrambos se miran sin atreverse á proferir palabra alguna, como si Pablo vislumbrase ya la terrible verdad que le amenaza.)*

MARIO.—*(Con la actitud de un sonámbulo: los ojos inmóviles, así como si estuviese viendo la escena que evocan sus palabras.)* Como Eugenio .. sí. Ayer un médico lo afirmó incau-

tamente. Al verle, dijo que Eugenio era... así por herencia, y que el padre, cierto, había acabado loco...

Pablo.—*(Con un gesto desesperante, pero sofocado.)* ¡Yo! *(Luego hace un ademan que revela toda la morbosidad que le agobia; se lanza sobre Mario, lo abraza con fuerza, mira en su derredor; y murmura casi fuera de sí:)* ¡Yo!.. La locura.. ¿yo? *(Retrocede, se encoge; mira hácia todos lados, con recelo, casi con terror.)* ¡La locura Oh, yo... *(Como sobrecogido por una duda que constituye toda la tragedia de su alma.)* ¿Y si mi filosofía derivase de ella?... ¿si mi doctrina toda fuese?.. *(Eugenio entra por la derecha, sonriendo. Pablo al verle se arroja sobre él, furioso.)*

Mario.—*(Interponiéndose.)* ¿Qué culpa tiene él? ¡El que como yo, es una víctima! *(Sale por la derecha con Eugenio.)*

ESCENA VII

PABLO y AUGUSTA.

Augusta.—*(Con grande agitación.)* ¿Ha visto usted en qué estado esta Mario?... Y usted conoce la causa de su exaltación... Esto no puede ni debe durar así ni un instante más ..

Pablo.—*(Con ánsia.)* ¿Qué se propone usted?

Augusta.—¿Qué me propongo? Lo que debo: devolver la vida á mi hijo.

Pablo.—¿Confesando? ¿Usted? *(Exaltado, como delirando.)* ¿Y Emma... entonces Emma está sentenciada? Ella, mi hija acabará... como Eugenio, será como Eugenio... ¿Y lo sabe, no es verdad, lo sabe?

Augusta.—Sabe que ella ya había nacido cuando usted adquirió el mal que luego

trasmitió á Eugenio. Ya sabe que está libre y sabe que vivirá como ha vivido. Quien no lo sabe aún es Mario, y á él se lo dirá usted

PABLO.—¡Yo! ¿Confesando que yo .. que Eugenio es mi hijo?... Para librar á Mario de la obsesión que lo exalta no es necesario eso. Basta con decirle que Eugenio no es su hermano más que por parte de madre ..

AUGUSTA.—Ah, presentándome á los ojos de mi hijo como una adúltera, no es eso? ¿y para qué? Para que él siga creyendo en usted como en un Dios? ¿ ero no comprende que lo que yo me propongo es precisamente lo contrario? ¿No comprende que lo que yo quiero es aniquilarle á usted en su afecto, al revelarle lo que determinó mi desdicha de madre y de esposa?

PABLO —(*Con ímpetu, adelantándose hácia Augusta.*) ¡No! ¡no! ¡Augusta! Yo no puedo...

AUGUSTA.—¿No? ¿no? (*Con resolución*) Pues hablaré yo. (*Pablo hace como para retirarse*)

AUGUSTA.—Ah, no: usted asistirá á mi confesión. (*Toca el timbre, colocado en la pared.*)

ROSA.—(*Por la izquierda.*) ¿Señora?

AUGUSTA.—Llama á Mario; dile que aguardo. (*Rosa váse por la izquierda.*) ¡Ah, usted experimenta la angustia de la desventura quizá por primera vez! Pero yo he vivido así veinte años, por obra suya, pero hoy quiero que todo acabe.

ESCENA VIII

AUGUSTA, PABLO, MARIO, luego EMMA.

MARIO.—(*Entra por el fondo.*) ¿Me hiciste llamar?...

AUGUSTA.—Sí... hijo mío... No quiero que sufras por más tiempo la tortura que te mata. Interroga á tu maestro, pregúntale si no tiene nada que decirte (*Mario mira á Pablo, interrogando con la mirada. Pablo profundamente turbado, hace con la cabeza un gesto negativo.*) ¿No? .. ¿no tiene usted ningún secreto que revelar á mi hijo? (*Pablo calla A Mar.o con resolución.*) Pues yo sí. Escucha. Mario, desde hace veinticuatro horas yo te veo al borde de un abismo que te atrae, llamándote con misteriosa voz, para alejarte de una vida sana, fecunda y toda luz, que tú crees no poseer. Yo te he visto languidecer, pensando con horror en tus palabras crueles: «No es, no es la muerte, oh, mi madre, lo que me espanta, sino la idea de que acaso ya me acecha la locura». Y tú ibas con los ojos dilatados hácia una esfinge que te llamaba, víctima expiatoria de cu pas no cometidas. Está en mis facultades el salvarte de esta obsesión, hijo mío y yo te salvo Tú no has heredado nada porqué. .

PABLO.—¡Augusta! (*Emma, mientras Augusta comienza la frase* Tú no has heredado nada, etc., *aparece por la izquierda y se adelanta hacia el grupo que forman. Augusta al verla calla y la mira turbada.*)

MARIO.—¡Madre. madre!...

AUGUSTA — *Tomando una resolución, después de luchar consigo misma.*) ¡Sí ... Tú no has heredado nada porqué yo... engañé á tu padre.

MARIO. – (*Casi delirante de gozo.*) ¿Pero es cierto, es cierto, madre mía?

AUGUST . —Si, Mario. Al principio, me faltó valor para revelarte este secreto. . supliqué al señor Lentier para que lo hiciese él y

no... tuvo suficiente energía... Mi culpa te devuelve la vida, por eso la confieso con la serenidad con que se cumplen los supremos deberes... (*Emma está transfigurada por el dolor y la admiración.*)

MARIO.—(*En el paroxismo de la alegría, abraza á su madre é intenta besarla.*) ¡Oh, madre! ¡madre mía! ¡bendita seas!

AUGUSTA.—(*Exausta, falta de aliento le rechaza, impidiéndole que la bese*) Déjame ahora, déjame. Vé con tu maestro . á mirar la vida, vé... (*Empújale hacia Pablo A éste con dureza.*) ¡Yo lo quiero! ¡Vayan ustedes!. . (*Pablo y Mario se van por el fondo. Augusta al ver que han salido tiene un ímpetu de disgusto, de náuseas, y hace como si quisiese arrojar de sí todo contacto impuro, desgarrándose las ropas. Luego, agitando el pañuelo por el aire como para depurar el ambiente, se adelanta hacia el sofa*)

EMMA.—(*Corre hacia ella, sollozando*) ¡Santa! ¡santa! ¡perdón para ellos . (*Se abrazan, y caen sobre el sofá anegadas en llanto*)

TELÓN



ACTO CUARTO

La escena representa un salón-biblioteca. En el fondo una amplia puerta que conduce á la terraza del jardín, cuyos árboles levantan las copas sobre la balastrada que la circunscribe. Puertas laterales. Entre los objetos descuella un gran mapa mundi. A la izquierda entre las dos puertas, una estufa. Algo más atrás, casi arrimado á la pared del fondo, una mesa-escritorio, de grandes dimensiones: sobre ella, esparcidos en desorden, libros, revistas, y objetos de arte. La sala está tapizada de un color grave. Amanece El cielo es de un azul purísimo Las estrellas titilan con dulzura en el espacio.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTA y el DOCTOR AGUIRRE, luego ROSA y al final el DOCTOR ALVAREZ.

(Toda esta escena, en voz baja y con lenta incertidumbre.)

AUGUSTA —*(Aparece en el umbral de la puerta del fondo seguida del Doctor Augusta mira hacia fuera. Luego con sigilo, como si temiese ser oida).* ¿Pero habla en usted el amigo benévolo ó el médico implacable ante la verdad?

DOCTOR.—Usted ha consultado al médico, se-

ñora; de todas maneras, el amigo no le engañaría á usted.

AUGUSTA.—¿De suerte que ello hubiera ocurrido igualmente?

DOCTOR. Puede usted creerme. Comprendo sus dudas, sus temores; pero el mal ya estaba en el señor Lentier...

AUGUSTA.—De todas maneras yo necesito reconciliarme con mi conciencia, Doctor, y usted es el único que en este caso puede prestarme ayuda.

DOCTOR —Repito, señora, que sus temores de usted sólo son motivados por un exceso de delicadeza.

AUGUSTA.—¡Sería horrible! Si yo supiese que en un instante de ira he podido precipitar la desventura del señor Lentier...

DOCTOR.—No, no, señora. El desequilibrio mental del señor Lentier... aunque se haya manifestado ahora, tenía hondas raíces. La enfermedad, acentuándose ha cumplido su curso. Puede usted creerme: no se hubiera podido evitar con ningún medio. Era fatal: mi colega y yo lo habíamos previsto.

ROSA.—(*Por el fondo, se dirige hacia la derecha*).

AUGUSTA.—(*A Rosa*) ¿Qué ocurre?

ROSA —Nada, señora. Voy á buscar un abrigo para la señorita Emma. No quiere separarse de su padre, y como ahora están en la terraza, y el aire ha refrescado...

AUGUSTA.—Vé, vé. (*Rosa sale por la derecha*).

DOCTOR.—¡Cuánta abnegación en esa criatura!

AUGUSTA —Es cierto. Nunca hubiera sospechado tanta fuerza en un espíritu tan delicado .. Emma ha visto lo increible en pocos días .. (*Rosa aparece con el abrigo y se dirige hacia el fondo de la escena*).

Alvarez.—*(Por el fondo, á Rosa)*. La señorita Emma sube á la habitación de su padre; van por el correder. *(Rosa vuelve á entrar por la derecha)*.

ESCENA II

AUGUSTA, DOCTOR y ALVAREZ. Luego, MARIO.

Doctor.—*(A Alvarez)*. ¿Novedades?

Alvarez.—Ninguna. Dentro de poco la postración física producirá en el señor Lentier el sosiego y la quietud.

Augusta.—¿Y después?...

Alvarez.—Y después. . será como ahora... siempre. *(Augusta le mira con profunda emoción, interrogativamente)*

Doctor.—El diagnóstico estaba previsto.

Alvarez —La demencia del señor Lentier... no ha hecho más que acentuarse: ayer era un megalómano razonador,hoy no razona. En fin, psicopatía espiritual aumentada hasta la locura. Hé ahí todo *(Al Doctor)*. Está por amanecer...

Doctor —*(A Augusta)*. A propósito: hoy es el aniversario del Asilo...

Augusta.—Sí; y nosotros no podemos faltar.

Doctor.—Oh, por mi parte...

Alvarez.—*(A Aguirre)* ¿Qué dispones, pues?

Doctor.—Aguardemos un rato más.

Augusta.—Sí. Tomarán ustedes una taza de café. .

Alvarez.—Con mucho gusto. señora.

Doctor.—Deseo ver al señor Lentier. *(Alvarez y el Doctor salen por la derecha. Mario aparece por la terraza, y se adelanta un poco con timidez, pero sin acercarse. Augusta al volverse, le mira en silencio. Mario hace un gesto como si fuese á hablar, Augusta espera*

impasible. casi rígida; Mario calla y Augusta mirándole fijamente se aleja por la izquierda en silencio Mario se deja caer sobre una silla como vencido.)

ESCENA III

MARIO y EMMA

(Emma entra por la derecha, profundamente abatida. Al ver á Mario se detiene. Mira en derredor Pausa.)

MARIO.—*(Con transporte al verla).* ¡Emma!

EMMA.—¿Va á amanecer?

MARIO.—Aún no.

EMMA —*(Se deja caer sobre el sofá á la derecha)* ¡Dios mio, qué noche interminable! *(Una pausa).* ¿Sabes si tu madre ha ido á descansar un poco?

MARIO —Mi madre... ah, Emma, temo que he llegado á ser un extraño para ella.

EMMA.—¿Un extraño?

MARIO.—Sí. Y mi espíritu no puede sostener el peso de una duda semejante. Temo que la confesión de su... culpa... hecha en mi presencia .. nos haya separado para siempre. . Creo que mi madre no podrá perdonarme jamás el que yo olvidase la angustia de su dolorosa situación al devolverme la vida. Hace un rato, estaba aquí y parecíame ver en sus ojos tristes un profundo desprecio hacia mí ..

EMMA.—*(Tristemente)* ¡Oh, Mario! *(Pequeña pausa).* ¿Estás seguro que no la ofenden tus suposiciones?

MARIO.—*(La mira profundamante. Luego agitado).* Emma, te lo confieso, yo no puedo pensar en mi madre sin que un nudo me apriete la garganta y me oprima el cora-

zón. Me siento culpable. Mi conciencia...

EMMA —¿Tu conciencia? ¿Has dicho conciencia?

MARIO.—Sí; llámala como quieras. Pero ahora creo... sí, creo en la acción moral de la vida: en algo que está por encima de nosotros y que nos hace tristes en la alegría y y alegres en la desventura. Qué es, sino, esa fueza que estrecha sin asir, que sin ser aparece y que se oye en nosotros cuando todo calla? ¿Qué es?

EMMA.—Es algo que nos dice que no puede ser enteramente feliz quien no ha sido desdichado.

MARIO.—¿Tú crees.. ?

EMMA.—Que el dolor descubre en nosotros toda la profundidad del bien y del mal. *(Pausa).*

MARIO —No se, no se: pero ante la verdad confesada, ayer, mi madre me pareció más grande

EMMA.—*(Casi mentalmente, retrocediendo, como si acudiese á su memoria la escena de la confesión)* La verdad. . la verdad.

MARIO.—Oh, ahora comprendo como el bien no resida más que en la verdad.

EMMA.—No, Mario: yo sé que hay mentiras hermosas, de una hermosura suprema. Además, nosotros no sabremos nunca qué es verdad y qué es mentira.

MARIO.—¡Es extraño! Yo con otras palabras ayer decía la misma cosa á tu padre... *(Se interrumpe arrepentido de haber nombrado al señor Lentier Emma se enjuga una lágrima. Mario va hacia el escritorio coge un manuscrito, y enseñándoselo á Emma dice con voz temblorosa de emoción).* He pasado la noche ordenando sus papeles. Este es el

manuscrito de *El Evangelio del Anticris*... su últ ma obra...

EMMA —¡Sn última obra!...

MARIO.—(*Con timidez*).. Y temo que estos fragmentos lleguen á imprimirse...

EMMA —¿Por qué?... Tú crees que mientras mi padre dictaba esa obra ya su mente?... (*Mario después de una corta indecisión, hace un signo afirmativo con la cabeza Emma abre desmesuradamente los ojos, y mirando en el vacío*) ¡Oh y si toda su obra fu se el producto de su extravío mental!... ¡Cuanta responsabilidad en su en conciencia!

MARIO —No, no Emma: no tué siempre así, aunque en él se ha revelado con frecuencia esa perturbadora facultad de proferir sobre los hombres y los tiempos palabras inauditas cuyo s gnificado quizás ignoraba él mismo. El hombre no puede ser responsable de esa inconsciencia pr fética, signo incontestable de lo extraordinario, sello misterioso del Espíritu sobre las frentes, sagradas ó profanas

EMMA.—¿Tanto amas á mi padre, Mario?...

MARIO.—Sí, y comprendo que es necesario salvarle La Europa, y con ella el mundo civilizado deben ignorar lo que contiene ese manuscrito... (*Mirando á Emma con extravío*)

EMMA —¿Qué quieres decir? ..

MARIO.—Que estos papeles deben desaparecer. ..

EMMA.—¡Mario! Pero entonces tú piensas...

MARIO —Pienso que si éstos fragmentos llegasen á ser del dominio público la conciencia moderna sufriría una de las más grandes desilusiones, al ver desvanecerse la gloria de tu padre.

EMMA.—¿Pero entonces hay puntos de contac-

to entre esos fragmentos que mi padre dictaba cuando sus facultades cerebrales ya estaban alteradas, y sus obras presedentes? ¿Tú lo piensas así, tú lo crees?

MARIO.—No, no, Emma. Ya he dicho que hay aquí, como en sus demás libros algo que todos no alcanzamos. Pero es necesario evitar esa duda que te asalta, y es necesario evitarla en el público.

EMMA.—¿Y tú propones?

MARIO.—Que este manuscrito desaparezca...

EMMA.—¡Destruirlo!...

MARIO.—(*Concitado*). Sí...

EMMA.—¡Ocultar la verdad! (*Mario y Emma se contemplan en silencio, turbados*) ¡Pero... tú sigues entonces creyendo en su fé?

MARIO.—(*Resueltamente.*) No. Ella nos enseña á obrar por nuestra energía, libremente; y yo no puedo. Pero mi alma ha sufrido un desgarrón cruento al ver que la inteligencia que había condensado en una vida la voz de los siglos, se ha extinguido para siempre. La voluntad ha desaparecido, y sus grandes ojos profundos ya no expresan más que un vago estupor. (*Conmovido.*) ¿Tú te opones, quieres que esta llegue á publicarse?

EMMA.—*Después de luchar consigo misma, con voz casi imperceptible.*) No.. (*Mario se dirije hacia la estufa, esparce dentro de ella los pliegos del manuscrito y acerca á ellos un fosforo: Los papeles arden. Emma se queda de pié arrimada á la pared, con las manos sobre la cara, sin mirar hácia la estufa, y murmura:*) La mentira... ¡siempre la mentira!

ESCENA IV

Dichos y PABLO.

PABLO.—*(De adentro.)* Pero este es mi astro... He vencido. Y sobre la esfera de los mundos vagaré con él en el vacío espacio de la nada.. pero en mi astro... *(Emma se encoge aturdida, extraviada, tapándose los oidos con terror.)*

MARIO.—*(Que está vuelto de espaldas é inclinado ante la estufa en que arde el manuscrito, se pone bruscamente de pié, al tiempo que exclama, casi á pesar suyo.)* ¡Maestro!...

PABLO.—¿Quién me llama aún?...

MARIO —Yo, maestro; ¿no me vé usted?...

PABLO.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡si no te veo! ¿Y quién me vé á mí?

MARIO —Yo, maestro; yo.

PABLO.—¿Pero de qué mundo me hablas? ¿Dónde estoy, según tu juicio?

MARIO.—Con nosotros que le queremos...

PABLO.—*(Con fuerza.)* ¡No! ¡aquí estoy solo con mi luz! ja! ja! Estoy muy alto para todo ese mundo humano... Mira mi astro, mira cuanta luz... pero no, tú no puedes verla, ni nadie, nadie más que yo. Ahora estoy fuera del mundo, porque estoy en *mi* mundo. Por eso soy invisible.

MARIO.—¡Invisible! ¿tú, maestro?

PABLO.—Sí. de aquí todo lo veo; sentado en el arco de Saturno, mi astro... ja! ja! ja! Allí veo fuego, fuego, ¡pero que mezquina cosa es! Ya nada bastará para encender el sol; todo sombra, todo tinieblas. *(Con fuerza creciente,)* ¡Mira! mira como todo vuelve al caos: allí, continentes, y mundos en ruina... *(La escena se obscurece.)* El sol, cansa-

do de iluminar vuestro planeta, se extinguió. Y hoy lleva cadáveres de mundos en su seno. Y pronto todo se convertirá en un bólido apagado y frío. Yo solo, yo solo en medio del infinito páramo, pero con mi luz. ¡Oh, como se extiende sobre las cosas la densa noche primordial! Yo solo. en medio de la formidab e tragedia geológica... ¡con mi astro, con mi luz!... ¡ja! ¡ja! ja *(Váse.)*

EMMA.—¡Oh oh, el horror de esta noche! ¡Parece como que la eternidad ha caido sobre mi alma. Dios de misericordia! *(Sin contener los sollozos que la anegan Pausa.)*

MARIO —*(Mirando hacia el jardín)* La naturaleza parece aletargada.. Nunca he visto una quietud tan solemne. ¡Mira! El crepúsculo matutino. Las estrellas titilan con más dulzura. En la profunda quietud del cielo, ¡qué paz que impasible serenidad!

EMMA —Ya no queda en el cielo más que una estrella...

MARIO.—La de la mañana.

EMMA —¡El alba! otro día .. otro, y todo será como antes... *(Solloza. Augusta entra por la izquierda, sin ser vista)*

MARIO —*(Con voz temblorosa)* Emma... mira... esa es una nueva luz .. un sol nuevo...

EMMA.—Oh. sus rayos no dulcificarán la negrura de mi alma...

ESCENA V

Dichos, PABLO, AUGUSTA, EUGENIO, ALVAREZ. DOCTOR y MANUEL. Pablo mira con extravio á su alrededor. Los que le acompañan se quedan á su lado, vigilándole..

PABLO.—¡Todo vuelve! Todo se repite.. Este instante ya ha sido en el mundo una vez,

más, infinitas veces, y volverá á ser, como ahora... siempre. (*Eugenio aparece por la derecha, sin que reparen en él Mira azorado, sin comprender lo que ocurre.*) ¡Oh! Un instante abarca una eternidad de siglos. Y la nada, la nada . no existe.... (*Repara en Eugenio y se inmuta.*)

ALVAREZ —(*A Manuel, indicando á Eugenio, en voz baja.*) Llévalo. quítale de aquí...

EMMA —(*A Mario.*) Mario... ven. salgamos .. (*Mario sin prestarle atención, sigue con la mirada atentamente á Pablo Este se yergue y hace como que se dirige hacia Eugenio, pero Alvarez y Emma se lo impiden.*

ALVAREZ.—(*A Emma.*) Haga usted que Eugenio se vaya. . (*Augusta y el Doctor se quedan uno frente á otro, sin hablar, pero con expresión de estupor.*)

PABLO.—Dejenme ustedes que le vea, que le mire... de cerca...

EMMA.—(*A Manuel.*) ¡Llévele usted!... (*Manuel se vá llevándose á Eugenio por la izquierda.*)

PABLO.—Quiero verle... quiero estar á su lado.. (*Su mirada se encuentra con la de Augusta. Pausa.*) ¡No! .. no quiero... (*Como huyendo, obligando á los médicos y á Emma á que le sigan.* No quiero; vamos, *fuera, fuera..* (*Salen todos por la izquierda. menos Augusta y Mario. Mario sigue á Pablo con la mirada Su aspecto revela una profunda agitación; diríase que su mente se extravía. Vuelve las espaldas hacia la izquierda del proscenio y no ve á su madre, que le sigue atentamente con serenidad pasmosa*).

MARIO.—¡Oh! Es él, es él!... (*Al darse vuelta, ve á su madre, y tiene un extremecimiento que le agita convulsamente. Mario está en el*

fondo de la escena, á la derecha; Augusta al principio del proscenio, á la izquierda.)

AUGUSTA.—(*Ve que la estufa se anima por un resplandor subitáneo y se acerca á ella.)* ¡Mario! *(Va hácia el escritorio, busca el manuscrito y al ver que no está corre hácia la chimenea.)* Mario, ¿qué es lo que arde aquí? Habla, ¿qué es? ¿el manuscrito de la obra de tu maestro? ¡Mario!

MARIO.—(*Con extravío*) Sí, sí...

AUGUSTA—¡Oh!

MARIO.—Sí: yo... yo... he querido evitar que esos fragmentos llegasen al público para salvar su gloria, para que su fama fuese intachable, para que su nombre pasase á la posteridad admirado por el mundo entero... (*Se cubre el semblante con las manos y solloza. Después, mírala fijamente, se adelanta, así como fuese un sonambulo, va hácia Augusta con los ojos arrasados en lágrimas, y se arrodilla exclamando:)* ¡Perdón, perdón, mi madre! *(Emma por la izquierda, casi como si fuese á caer, falta de fuerzas.)*

AUGUSTA.—Emma. ¿tú, tú que siempre has sido la más fuerte, ahora que entra á saludarnos el sol de una vida nueva? Mira, dentro de poco, todo sonreirá. *(Indica el sol matinal)*. Todo anuncia una vida nueva.

EMMA.—Y en esa vida yo hallaré la soledad...

AUGUSTA.—Mario... ¿tú permites que Emma diga eso?..

MARIO.—(*Con transporte.*) No, no, mi madre. Emma... apóyate en mi brazo. (*A Augusta.*) Hoy vendremos contigo á la fiesta del asilo. *(Augusta besa á Emma.)*

FIN DEL DRAMA.

ADVERTENCIA

Esta obra se publica tal como fué representada en Italia y en Amèrica, es decir, respetando los cortes efectuados en el original.

En el primer acto, hay una frase que no me pertenece: es del *conde de Lautreamont.* Conste, pués.

(N. del A.)